

Sumario

ENSAYO	3
«Europa frente a los cambios mundiales», por Raymond Barre	3
NOTICIAS DE LA FUNDACION	17
Ciclo «Europa, hoy»	17
Conferencias de Dahrendorf y Raymond Barre	17
— Presentación de José María Maravall	18
— Intervención de Ralf Dahrendorf	19
— Presentación de Enrique Fuentes Quintana	22
Arte	23
Exposición de Robert y Sonia Delaunay, desde el día 14	23
— Ofrecerá 158 obras: óleos, grabados, dibujos, guaches, acuarelas y otras piezas	23
— Vida y obra de los dos artistas	24
Música	27
Homenaje a Montsalvatge	27
— Presentación de Enrique Franco y concierto, con asistencia del compositor	27
Ciclo de Stravinsky, en su centenario	29
— Se han ofrecido tres conciertos de música instrumental y un recital de canto y piano	29
Elegida la «Tribuna de Jóvenes Compositores»	31
Conciertos para Jóvenes en Palma de Mallorca	32
Cursos Universitarios	33
Lázaro Carreter: «Comunicación y lenguaje poéticos»	33
Antonio López Gómez: «Madrid, villa y corte: de 1860 a hoy»	39
Estudios e investigaciones	45
Trabajos terminados	45
Calendario de actividades en abril	46

Los textos contenidos
en este Boletín
pueden reproducirse libremente
citando su procedencia.

AVISO

Si no recibe esta publicación en el destino adecuado o se produce cambio de su domicilio, le rogamos nos comunique la dirección correcta para realizar la rectificación oportuna.

ISSN 0210 - 4148

DEPOSITO LEGAL: M. 34.648/1973
Neografis, S. L. - S. Estévez, 8 - Madrid

EUROPA FRENTE A LOS CAMBIOS MUNDIALES**

Por Raymond Barré

Profesor del Instituto de Estudios Políticos de la Facultad de Derecho y Ciencias Económicas de París. Consejero del Banco de Francia. Fue Primer Ministro y Ministro de Economía y Finanzas, y autor del Plan económico que llevó su nombre. De 1967 a 1972 fue Vicepresidente para asuntos económicos y financieros de la Comisión de las Comunidades Europeas.



En los últimos años, las dificultades que asaltan al mundo han afectado profundamente a la situación interior y a la posición internacional de los países europeos occidentales. Si es verdad que los grandes Estados-Continental, ya se trate de los Estados Unidos o de la URSS, se enfrentan con problemas terribles, no es menos cierto que Europa Occidental aparece hoy como más frágil, más vulnerable, más incierta en su futuro. En poco tiempo, los factores que aseguraban a nuestros países un brillante desarrollo económico y que llevaban a hablar de «milagros», de un rápido progreso social y de una influencia creciente en los asuntos mundiales, se han transformado profundamente. Hoy, la gran empresa que desde 1950 ha conducido a la creación de la Comunidad Europea de los Seis y, después, de los Nueve y de los Diez, y que hacía aparecer una nueva ampliación de esta Comunidad a España y Portugal bajo auspicios favorables, es golpeada de frente

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología y la Energía. El tema desarrollado actualmente es el de Europa. ▶

** Texto de la conferencia pronunciada en la Fundación, el 15 de febrero, dentro del ciclo «Europa, hoy» (c.f. págs. 17 y sig.).

por las turbulencias económicas monetarias y financieras mundiales. Y, en torno a los países de la Comunidad, los demás países de Europa Occidental se resienten de los efectos de esta situación.

Cada vez más se oye hablar de una decadencia de Europa Occidental. Esta ha atravesado frecuentemente en la Historia etapas difíciles, comenzando por aquéllas en que se agotaba en luchas fratricidas. Hace treinta y cinco años pocos observadores hubieran pensado que Europa Occidental —destruida, arruinada, desangrada— reencontraría en algunos años la prosperidad y el poder. Nuestras viejas naciones, cargadas de historia y de experiencias, ricas en recursos humanos e intelectuales insospechados, han mostrado en diversas ocasiones que no estaban amenazadas más que en la medida en que se abandonaran ellas mismas. ¿Por qué no podrían, hoy, analizar con lucidez los problemas actuales a los que se enfrentan y poner en práctica resueltamente las soluciones que les abrirían el camino de la renovación?

En esta perspectiva quisiera examinar los tres problemas principales que, a mi juicio, se plantean a las naciones de Europa Occidental: su seguridad, su futuro económico y su organización política y social; e intentar esbozar las respuestas de las que depende, según mi parecer, la salida: es decir, su decadencia o su progreso.

I

Europa Occidental se siente amenazada en su seguridad. La evolución política internacional en los quince últimos

En números anteriores se han publicado *Génesis histórica del europeísmo*, por Antonio Truyol Serra, Catedrático de Derecho y Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense; *Balance y perspectivas del Mercado Común*, por Matías Rodríguez Inciarte, Técnico Comercial del Estado; *Portugal y la Comunidad Económica Europea*, por José da Silva Lopes, ex-ministro de Finanzas de Portugal; *Reflexiones sobre política europea*, por Thierry de Montbrial, Director del Instituto Francés de Relaciones Exteriores; *Reflexiones políticas sobre defensa y seguridad de Europa*, por Javier Rupérez, Embajador jefe de la Delegación Española en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa; *La defensa y la seguridad europeas*, por Fernando Morán, Diplomático y escritor; *El triángulo euroatlántico*, por James O. Goldsborough, miembro del Consejo para las Relaciones Exteriores de Nueva York; *Los grupos políticos en el Parlamento Europeo*, por Jacques Geogel, Profesor de la Facultad de Ciencias Jurídicas de Rennes; *Europa y el sistema internacional*, por Ian Smart, ex-director adjunto del Instituto Internacional para Estudios Estratégicos; *América Latina, Europa y el Nuevo Orden Económico Internacional*, por Felipe Herrera, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo; *Europa: una economía en la encrucijada*, por José Luis Sampedro, Catedrático de Estructura Económica; *Europa y el desafío ecologista*, por Konrad von Moltke, Director del Instituto de Política Europea del Medio Ambiente; *Europa, como idea e impulso*, por Hendrik Brugmans, Profesor de Historia de las Civilizaciones en la Universidad Católica de Lovaina; y *La identidad ideológica de la Europa Occidental*, por José María de Areilza, Presidente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa.

años había permitido esperar que el tiempo de la «guerra fría» dejaría progresivamente su lugar a un período de distensión entre el Este y el Oeste, reforzado por una cooperación creciente en materia económica, financiera y cultural entre países de sistemas económicos diferentes, y favorecido por el equilibrio de fuerzas entre superpotencias. Pero esta visión alentadora para el porvenir ha sido cuestionada por una serie de hechos.

En primer lugar está el refuerzo continuo de la potencia militar soviética, tanto nuclear como convencional. La Unión Soviética se ha entregado a lo que se ha podido llamar «una carrera unilateral de armamentos»; y la implantación por la Unión Soviética de misiles de alcance medio —y, sobre todo, de cohetes SS 20 orientados hacia Europa Occidental— ha incrementado la inquietud y la desconfianza. Además, la Unión Soviética practica una «estrategia periférica» que reviste diversos aspectos: expansión considerable de sus fuerzas navales por todos los océanos; intervenciones militares fuera de su zona habitual de influencia; y acciones de desestabilización política, que frecuentemente se llevan a cabo a través de sus satélites.

Al mismo tiempo, los Estados Unidos han atravesado una fase de debilitamiento, provocado por la guerra del Vietnam y por el asunto «Watergate» y acentuado por la crisis del dólar y por la disminución de su esfuerzo militar. Después, su credibilidad internacional se ha reducido por las incertidumbres y dudas de su política exterior. Muchos países de Europa Occidental, ligados a los Estados Unidos por su política de defensa, han podido inquietarse por ciertas declaraciones de personalidades oficiales norteamericanas acerca de la utilización de las fuerzas nucleares estratégicas de los Estados Unidos en caso de conflicto en Europa, o acerca del carácter limitado a Europa que podría tener eventualmente un conflicto nuclear. Así puede explicarse en ciertos medios europeos la tentación de neutralidad o de pacifismo. Por otra parte, la política de distensión había producido la sensación de que los riesgos de conflicto en Europa se reducían, lo cual llevó consigo una cierta relajación de los esfuerzos defensivos de la OTAN.

La sensación de inseguridad ha aumentado desde 1980 a causa de la tensión internacional provocada por la intervención de fuerzas soviéticas en Afganistán y por los recientes dramáticos sucesos de Polonia. Estos muestran que la ideología comunista no puede prevalecer contra la aspiración de los hombres a la libertad y que ninguna tentativa de implantar servidumbres puede ahogar el sentimiento nacional; y manifiestan también que el sistema económico practicado en el Este conduce al descenso del

nivel de vida, a la regresión económica y a la quiebra financiera. Pero estos acontecimientos no dejan lugar a duda sobre la voluntad de la Unión Soviética de mantener por todos los medios su influencia y su autoridad en un país que es esencial en el dispositivo político y militar que protege su imperio. El aspecto dramático de la situación polaca consiste en que el «statu quo» territorial que hay en Europa desde el final de la Segunda Guerra Mundial no podría cuestionarse más que por la guerra. Y éste es precisamente el fondo del problema. En todo caso, después de estos acontecimientos ¿quién puede señalar los límites que la Unión Soviética pretende mantener en su acción internacional? Se impone la vigilancia.

Sin embargo, el problema alemán sigue estando en el corazón de la política europea. Lejos de mí la idea de dudar de los sentimientos de los alemanes occidentales con respecto a sus vecinos y aliados; pero debemos comprender su cuidado por mantener con los alemanes del Este los intercambios personales y familiares que han podido establecerse a pesar de los obstáculos y de los chantajes. Asimismo debemos comprender sus interrogantes sobre las condiciones de defensa de su territorio y, al mismo tiempo, su inquietud por verlo convertido en un campo de batalla nuclear. Finalmente, teniendo en cuenta los lazos económicos, financieros, culturales y científicos establecidos en los últimos años entre países de Europa Occidental y de Europa Oriental, podemos comprender que una vuelta a la «política de bloques» significaría un retroceso terrible, profundamente contrario a las realidades europeas.

Inquieta por la seguridad, Europa Occidental atraviesa una crisis económica amplia y duradera. Tras treinta años de prosperidad ininterrumpida, favorecida por el desarrollo intensivo de los intercambios intraeuropeos y con el exterior, los países de Europa Occidental sufren ahora la inflación, el paro y el déficit exterior.

Estas dificultades son la consecuencia de varios factores: el alza de los precios del petróleo, que ha provocado un aumento masivo del costo de la energía; la intensificación de la competencia internacional; y la rigidez creciente de las economías, debida al envejecimiento de ciertas estructuras, a la elevación de los costos de producción, al inflamiento de los gastos sociales y al comportamiento de los grupos socio-profesionales aferrados al mantenimiento o al crecimiento de sus rentas reales.

Nada es más interesante que la comparación de ciertos indicadores de la Comunidad Económica Europea en los períodos 1960-1973 y 1973-1981: el Producto Nacional Bruto aumenta con una tasa anual media del 4,9% durante

el primer período y con una tasa del 1,9% en el segundo; la tasa anual media de inflación pasa del 4,6% al 10,7%; el índice de paro pasa del 2,5% en 1973 al 9,1% en diciembre de 1981; y la balanza de pagos corrientes, equilibrada en 1973, tiene un déficit de 37.000 millones de dólares en 1980.

La degradación de la situación económica y social no ha sido, tal como se esperaba, de corta duración. Desde 1973 todos los países de Europa Occidental viven con inflación, paro y déficit exterior; y las perspectivas de una recuperación de la actividad económica y de una nueva fase de expansión no cesan de retroceder.

De esta manera aparece un tercer problema: un malestar político lleva a distintos sectores de la población a interrogarse sobre el tipo de organización de la sociedad en los países europeos occidentales; y esta interrogación puede percibirse en distintos niveles.

Concierne, en primer lugar, a la aptitud de las políticas económicas practicadas hasta ahora para superar los desequilibrios, tanto nacionales como internacionales. Descuidando el análisis profundo de la naturaleza y de las causas de la crisis actual, la crítica sobre los objetivos y medios de dichas políticas argumenta a partir de la duración de los desequilibrios y de su resistencia fundamental a los remedios propuestos hasta ahora. Para obtener un crecimiento económico mayor, lograr el pleno empleo e incrementar los ingresos, de acuerdo con los deseos de la opinión pública, los principios de gestión heredados en materia de crédito, finanzas públicas, endeudamiento interior y exterior y tipos de cambio, se han sacrificado a una «huída hacia adelante» que acaba trazando peligrosos rasgos sobre el futuro.

La interrogación se lleva a veces al nivel del sistema económico que predomina en el mundo occidental. Las causas del estancamiento, de la inflación y del paro ya no se buscan sólo en los factores económicos y en los comportamientos socio-económicos: esas causas se imputan al sistema capitalista, a sus estructuras nacionales e internacionales y a las deficiencias e impotencia de la economía de mercado, aunque ésta no tiene ya relaciones con el liberalismo puro y, en una parte importante, está regulada por el Estado. La crítica culmina en la preferencia por el socialismo estatal y planificador, en un estadio intermedio en la elección de un sistema económico caracterizado por la constitución de un amplio sector público industrial, llamado a jugar un papel de motor de inversiones y de empleo, de un sector público bancario, encargado de distribuir el crédito conforme a un plan económico detallado, así como por una redistribución de ingresos y patrimonios, que asegure una mayor igualdad social y

financie un sistema de protección social extendida. Más allá de la socialdemocracia, que acepta los mecanismos de la economía de mercado, se ve aparecer un nuevo tipo de organización económica y social, ilustrada hoy por lo que se ha llamado «socialismo a la francesa».

Cualquiera que sea el nivel en que se sitúe la pregunta sobre la organización económica y social, en las discusiones en curso se comprueba una tendencia a cuestionar los principios de libertad de cambios y de pagos, adoptados en el mundo occidental desde la Segunda Guerra Mundial, practicados progresivamente durante treinta años y salvaguardados hasta hoy a pesar de las dificultades.

Ciertamente, existe una gran conciencia del grado considerable de la interdependencia que hay, no sólo entre los países industrializados occidentales, sino también entre países del Oeste y del Este, del Norte y del Sur. Pero la magnitud del paro que golpea a muchos países sirve, cada vez más, de argumento poderoso en favor del proteccionismo, mientras que las políticas de crédito y de cambio adoptadas por los Estados Unidos, sin considerar sus consecuencias para el resto del mundo, aparecen como la manifestación insoportable de la dominación económica, monetaria y financiera ejercida por los Estados Unidos, y pueden engendrar reacciones de aislamiento en el seno del sistema internacional de pagos.

Tales son los mayores problemas que, a mi juicio, se plantean a Europa Occidental. Tal es el contexto político e intelectual en el que son discutidos. ¿Qué respuesta podemos darles?

II

Esta respuesta puede definirse, por tres términos: el espíritu de defensa, la voluntad de adaptación y el sentido de la responsabilidad.

Todos los países de Europa Occidental —cada uno según su situación y sus posibilidades— deben mostrar sin equívocos su voluntad resuelta de defender su independencia contra cualquier amenaza, venga de donde venga, y de conseguir los medios para ello. En efecto, una nación que no quiere asegurar su defensa o que, total o casi totalmente, se pone en manos de otra, está condenada a la inexistencia política. Esto quiere decir que, a pesar de las dificultades económicas del momento, cada país europeo debe aceptar conceder el esfuerzo humano y financiero necesario para su seguridad. La participación en una alianza y la cobertura estratégica suministrada por un

aliado poderoso no pueden dispensar a un país de un esfuerzo propio de defensa ni, con mayor razón, de la contribución a la Alianza.

La fidelidad al espíritu de defensa debe traducirse también en la búsqueda de una cooperación más estrecha entre los países europeos. Los acontecimientos recientes en el mundo han hecho resurgir la idea de una «defensa europea»; idea ciertamente seductora, pero que no debe suscitar ilusiones que, en este dominio, son peligrosas. Dudo que pueda haber una «defensa europea» sin una entidad europea dotada de una autoridad política legítima que disponga de los poderes necesarios. Y no me parece evidente que vayan a reunirse pronto las condiciones de semejante desarrollo.

No se pueden olvidar, por otra parte, las ocasiones desaprovechadas desde hace veinte años para llegar a una mejor cooperación europea en materia de defensa: la integración de la fuerza nuclear británica en la OTAN a consecuencia de los acuerdos de Nassau; las limitaciones puestas por el Parlamento de la República Federal de Alemania a las virtualidades del Tratado Franco-alemán de 1963, cuando se votó el preámbulo a dicho Tratado; y los avatares de la fuerza multilateral a principios de los años sesenta.

Por otra parte, suponiendo que los países europeos interesados estuvieran de acuerdo, ¿qué espíritu experto en asuntos diplomáticos y militares podría engañarse sobre los exactos sentimientos de las dos superpotencias acerca de una «defensa europea»? Me parece que, todavía por muchos años, la seguridad de Europa Occidental dependerá, por una parte, del equilibrio de fuerzas entre las superpotencias y, por otra, de un compromiso sin equívocos de los Estados Unidos, en el seno de la Alianza Atlántica, para defender a los países europeos, y de una resolución por parte de éstos, sin ambigüedades y con compromisos concretos, de defenderse con los medios apropiados.

Por esta razón debemos felicitarnos por la decisión del Presidente Reagan de incrementar los gastos militares de los Estados Unidos y esperar que los países miembros de la OTAN procedan a instalar misiles Pershing frente a los misiles soviéticos de alcance medio. Lo esencial es que se evite el «desacoplamiento» entre los Estados Unidos y sus asociados europeos en la Alianza. En la concepción de la respuesta escalonada, el nivel euro-estratégico es, desde este punto de vista, el lazo vital entre las fuerzas convencionales, esencialmente europeas, y las fuerzas nucleares estratégicas americanas.

Francia, por su parte, que ha mantenido su esfuerzo de defensa en el período de la distensión, permanecerá siempre

fiel a la Alianza; pero, en mi opinión, no podrá renunciar en ningún caso al libre mando de sus fuerzas nucleares y convencionales. Yo deseo que prosiga su esfuerzo en favor de sus fuerzas estratégicas, que son las únicas armas de disuasión independientes y auténticamente europeas, y que mantenga un importante esfuerzo de investigación para evitar ser sorprendida por una eventual brecha tecnológica. Quizás se pueda en el futuro estudiar una fórmula, apenas esbozada, según la cual, ante la imposibilidad de dotar a Europa de una disuasión única y autónoma, Francia podría extender a sus asociados, y especialmente a Alemania Federal, una garantía nuclear a la que Gran Bretaña podría unirse. Una fórmula tal requeriría, evidentemente, la aceptación de los países concernidos por ella. Aquí se trata de una cuestión política de primera magnitud que merece la más seria de las reflexiones.

El refuerzo de la seguridad de Europa Occidental no excluye, de ninguna manera, el diálogo político con la Unión Soviética y con los países del Este. A los países europeos les interesa mantener los lazos de todo género establecidos en los últimos años entre el Este y el Oeste de nuestro continente: esto responde a las profundas realidades europeas y sirve a la paz. Pero el diálogo no significa abandono ni complacencia. El diálogo forma parte de las relaciones normales entre potencias y sólo es útil si se establece desde una posición de firmeza y si no deja al interlocutor soviético ninguna duda sobre la voluntad de defensa de todos los países de Europa Occidental sin excepción. Los intercambios entre la Europa del Oeste y la Europa del Este, por lo demás, no constituyen por sí mismos un factor de debilitamiento del Oeste ni una causa de dependencia. Por ejemplo, comprar gas a la Unión Soviética no incrementa la dependencia del país comprador, si éste está decidido a no ceder al chantaje de una posible interrupción del suministro y a soportar las consecuencias eventuales de ello. La independencia de una nación es, en primer lugar, una cuestión de dignidad y de carácter.

El refuerzo de la seguridad en Europa Occidental no está reñido, por otra parte, con las negociaciones de las superpotencias sobre el control de armamentos y sobre el desarme. Pero es claro que las negociaciones sobre armas estratégicas y convencionales no deben llegar a privar a los países europeos de los medios defensivos necesarios o a imponerles límites en su utilización. La verdadera cuestión está en reducir el sobre-armamento de las superpotencias y no en desarmar a los más débiles. Goliat no puede privar a David de su honda.

Salvaguardar la paz mediante la firmeza y el diálogo: tal

debe ser en las presentes circunstancias el objetivo principal de los países de Europa Occidental. Recordemos, a este respecto, la fórmula del Presidente Kennedy: «No negociemos nunca porque tengamos miedo; pero nunca tengamos miedo de negociar».

La seguridad de un país y su capacidad de defensa no dependen solamente de la importancia de sus medios militares y de su voluntad de defensa, sino también de la fuerza de su economía. En un mundo en el que la competencia es cada vez más viva, un país que vaya a remolque en materia de progreso técnico y de productividad, y a la deriva en materia de finanzas y de moneda, apenas es apto para disponer del margen de maniobra que expresa su libertad de elección y decisión. La independencia a la que un país no puede renunciar no se apoya sólo en factores militares y psicológicos, sino que tiene una base económica esencial. Es el fruto de una constante *voluntad de adaptación* a los adelantos de la técnica y a los cambios del entorno internacional.

Cuando se observa la situación actual de las economías de Europa Occidental, se disciernen rápidamente las líneas de fuerza de la acción necesaria para asegurar su dinamismo y su eficacia. La primera preocupación debe ser el asegurar *una menor dependencia energética*. Aunque Europa Occidental dispone de los recursos en petróleo y en gas del Mar del Norte y aunque todavía se puede explotar carbón en Alemania Federal, los países europeos son tributarios del petróleo importado del Oriente Medio para la satisfacción de sus necesidades energéticas. Los «choques petroleros» de 1973/1974 y de 1979/1980 han hecho visibles las consecuencias del paso brutal de una situación de abundancia de petróleo a un estado de penuria.

Estas experiencias han llevado a los países consumidores a organizarse mejor para enfrentarse a una situación de crisis, principalmente mediante la diversificación de las fuentes de aprovisionamiento y una política prudente de almacenamiento. Hoy parece que el mundo nada de nuevo en plena abundancia de petróleo, disponible a un precio en baja. Pero desconfiemos de la euforia que podría engendrar esta evolución del mercado petrolero y pensemos en las consecuencias que podría tener en el equilibrio de dicho mercado una crisis que afectara al principal país productor, Arabia Saudita. Señalemos igualmente que la actual abundancia de petróleo está ligada al débil ritmo de actividad económica en el mundo, y que una aceleración económica se traduciría en una tensión sobre la demanda y el precio del petróleo. Por otra parte, la disminución de ingresos en los países productores puede inducirles a aumentar el precio de venta de sus productos.

Así, la disminución de la dependencia europea respecto del petróleo importado debe seguir siendo un objetivo prioritario. Este objetivo se alcanzará primero aprovechando energías alternativas, comenzando por la energía nuclear. En este sentido, las dudas o la lentitud de ciertos países europeos pueden comprometer su propia situación y reducir los efectos positivos de los esfuerzos desarrollados en este campo por otros países europeos. En segundo lugar, los países europeos deben continuar sus políticas de economía de energía. De 1979 a 1981 la demanda media de petróleo se ha retraído alrededor de un 14 por 100, frente al 11 por 100 habido en los Estados Unidos; resultado que proviene, en más de su mitad, de los esfuerzos de economía y de sustitución del petróleo por nuevas fuentes de energía.

Se debe intensificar estos progresos. No sólo aseguran a los países europeos una mayor seguridad en los asuntos energéticos; además, favorecen las inversiones, pues el relanzamiento energético es, sin duda ninguna, una «nueva frontera» para las economías europeas.

La segunda exigencia que se impone a los países europeos es *la lucha contra la inflación*. Tarea esencial, puesto que la inflación reduce la competitividad de las exportaciones indispensables a los países europeos para procurarse los productos energéticos, las materias primas y los productos intermedios necesarios para su industria, ya que debilita su moneda, haciendo pagar más caras sus importaciones y provocando así una «pérdida de sustancia» en la economía nacional. Tarea indispensable, si los países europeos quieren reducir el paro que es, en una buena parte, el resultado de los desequilibrios inflacionistas de los últimos años, y que sólo podrá ser reabsorbido si el saneamiento de la economía occidental permite una baja de los tipos de interés y un alza de la inversión. Tarea difícil, en la medida en que la inflación no sólo resulta de factores económicos y monetarios, sino también de comportamientos sociales heredados de un largo período de prosperidad y facilidad, y de causas internacionales como el inflamamiento de la liquidez internacional o la evolución de una economía dominante, como la de los Estados Unidos, caracterizada por las variaciones excesivas de los tipos de interés y de cambio.

La lucha contra la inflación debe concebirse en las economías contemporáneas como una *política a medio plazo*, llevada con continuidad y combinando un cierto número de instrumentos de la política económica. Ciertas experiencias actuales muestran qué peligroso es basar una política económica sobre un solo elemento de la vida económica promovido al rango de factor determinante. Los monetaristas tuvieron razón al atraer la atención hacia el

necesario control de la masa monetaria. Ninguna política contra la inflación puede ser coronada por el éxito si los medios de pago crecen más deprisa que la producción real: la determinación de un objetivo de crecimiento de la masa monetaria es un punto de referencia útil para los agentes económicos y para el Estado. Pero la evolución reciente de la economía de los Estados Unidos muestra que una atención exclusiva a la masa monetaria puede llevar a variaciones excesivas de los tipos de interés, que perturban gravemente los cálculos de los agentes económicos y el funcionamiento de los mercados financieros. La política monetaria, pues, debe comportar a la vez una acción sobre la masa monetaria y una acción sobre los tipos; debiendo tender esta última, no a fijar un nivel artificial en estos tipos, sino a regularizar su evolución.

Pero la mejor de las políticas monetarias será ineficaz si no está sostenida por una política presupuestaria apropiada. El rápido aumento de los gastos públicos en la mayoría de los países occidentales durante los últimos años ha entrañado un inflamamiento de los déficits presupuestarios, que comporta a su vez una presión creciente sobre los mercados financieros y un nivel elevado de los tipos de interés. En muchos casos la coyuntura puede justificar la aceptación de un déficit presupuestario; pero es necesario que éste no se convierta en estructural y que su cuantía sea compatible con una financiación mediante recursos de ahorro y no por creación de moneda.

Creo que las dificultades actuales de numerosos países proviene del laxismo presupuestario que ha caracterizado su gestión; y estoy convencido de que la mejora de la situación económica internacional pasa por la realización de políticas presupuestarias, tendentes a reducir progresivamente los déficits de las finanzas públicas mediante una disminución sensible del ritmo de incremento de los gastos públicos. La actual política económica de los Estados Unidos, aunque a mi juicio se basa en principios sanos, corre el gran riesgo de quedar comprometida por el inflamamiento de los déficits presupuestarios en los años que vienen. El argumento de que los déficits son tolerables si se les calcula en porcentajes del P.N.B. no me parece convincente, pues el verdadero punto de referencia no es el P.N.B., sino la suma de los recursos no monetarios de financiación disponibles, de los cuales depende, a fin de cuentas, el nivel de los tipos de interés.

Las oportunidades de reactivación de la actividad económica, que en los Estados Unidos podrían resultar del éxito obtenido por la Reserva Federal en su lucha contra la inflación, pueden ser destruidas por el alza de los tipos de interés que resulta de las necesidades de financiación

masiva del Tesoro de los Estados Unidos. Hay aquí, a mi entender, una razón suplementaria para que los países europeos mantengan una política presupuestaria estricta que tienda a una limitación de sus déficits.

La lucha contra la inflación requiere finalmente una política de estabilización del cambio. Tras un período en que el sistema de los cambios flotantes ha sido adornado con todas las virtudes, hoy hay un amplio acuerdo en reconocer que dicho sistema tiende a provocar variaciones excesivas en los tipos de cambio y no favorece los ajustes deseables en las balanzas de pagos. Ciertamente, la estabilidad de los tipos de cambio no debe ser artificial. El nivel y la evolución del tipo deben tener en cuenta las tendencias de fondo de los precios, de los costos y de la balanza de pagos corrientes; pero, si la estabilidad de los tipos de cambio puede obtenerse gracias a la realización de políticas monetarias y presupuestarias coherentes y gracias a la confianza que de aquí resulta, el clima de la actividad económica se encuentra transformado y los agentes económicos disponen de un punto de referencia particularmente útil para sus decisiones.

A estos instrumentos de la política de lucha contra la inflación añaden algunos una política de rentas. Es deseable que una política de estabilización de la economía pueda apoyarse sobre una moderación en la progresión de las rentas nominales y reales. Una concertación entre interlocutores sociales en torno a las grandes orientaciones definidas por el Estado puede contribuir a ello. Además, la política de remuneraciones desarrollada por el Estado en el sector público puede servir de ejemplo y de referencia para el resto de la economía. Pero lo que cuenta ante todo es una combinación adecuada de la política monetaria y de la política presupuestaria. Si la razón de ser de una política de rentas es compensar políticas monetarias y financieras laxistas, esta política es inútil y está condenada al fracaso.

Me refiero ahora a la *política de la oferta* que hoy hace tanto ruido. Pienso que nuestras economías no necesitan sólo una política de regulación de la demanda de inspiración keynesiana, sino que también deben beneficiarse de una *política de oferta competitiva*, entendiendo por esto todas las medidas que conducen a un crecimiento de la productividad global de la economía: la estimulación de la investigación, de la innovación y de la inversión mediante iniciativas fiscales o por créditos en condiciones ventajosas; la adaptación de las estructuras de producción, permitiendo la renovación de actividades antiguas mal adaptadas a la evolución de la demanda, la diversificación de la producción y el desarrollo de las industrias de tecnología avanzada; la eliminación de reglamentaciones que tienden a frenar

la producción o a incrementar los costos de la producción; y la aceptación de la competencia internacional, ya rechazando medidas proteccionistas para salvaguardar actividades en declive, ya reduciendo progresiva pero regularmente las protecciones existentes.

Tal política de la oferta es, junto con la de lucha contra la inflación, la mejor respuesta al problema del paro, porque favorece la creación de empleos sanos y duraderos. Además, tal política permite la adaptación de la economía a las nuevas condiciones del mundo y contribuye ampliamente al mantenimiento de las rentas reales, que sólo puede obtenerse por el crecimiento de la productividad. Una política de adaptación así concebida puede comportar esfuerzos y requerir disciplinas, pero es la única política que puede permitir salir con éxito de las dificultades y resolver progresivamente el doloroso problema del paro.

Ya se trate del espíritu de defensa o de la voluntad de adaptación, es evidente que el porvenir de nuestros países depende ante todo del *sentido de la responsabilidad* de sus ciudadanos.

Este debe ejercerse primeramente *en el dominio político*. Europa Occidental es la tierra de la libertad, de todas las libertades, y ha sido el hogar de la democracia, aunque en ciertas épocas hayan podido manifestarse desviaciones nefastas y perversas. En el mundo de hoy, los valores a los que se han adherido los europeos —libertad, respeto de la persona humana, tolerancia— aparecen en muchos lugares escarnecidos, ignorados y, en todo caso, frágiles. Los europeos tienen una responsabilidad eminente: no sólo la de afirmar estos valores, sino sobre todo la de practicarlos de forma que sus posturas no puedan ser criticadas y su defensa de esos valores no pueda ser combatida. Precisamente porque la acción defensora de los derechos humanos se revela a veces impotente, los países de Europa Occidental deben sostener por su actitud ejemplar la presión moral sobre aquellos que violan los principios de la libertad y que a veces lo hacen tras haberse comprometido solemnemente a respetarlos.

El sentido de la responsabilidad debe manifestarse también en el campo económico y social. La elección que parece ofrecerse hoy es ésta: por una parte, *la sociedad de seguridad y de asistencia*, basada sobre el control estatal de las actividades económicas y sociales, sobre la generación de las prestaciones sociales que cubran las necesidades individuales y sobre la redistribución de las rentas y patrimonios que tienda a la igualdad social mediante la nivelación; y, por otra parte, *la sociedad progresiva*, fundada en la libre actividad de los hombres, en su

capacidad de invención e innovación, en su aptitud para asumir los riesgos y en la igualdad de oportunidades para todos.

La sociedad progresiva es liberal, no porque excluya la intervención del Estado y se abandone al «laissez-faire, laisser-passer», sino porque admite una intervención del Estado compatible con la libertad de decisión de los agentes económicos y sociales. El Estado no actúa por la vía de reglamentaciones minuciosas y numerosas. El Estado no abdica de ninguna de sus responsabilidades, principalmente en lo que se refiere a las acciones a largo plazo que requieren su impulso y su apoyo, sino que procede por la vía de las incitaciones y deja que se ejerzan las iniciativas y las responsabilidades privadas.

La sociedad progresiva no es una sociedad de competencia salvaje entre los individuos, donde los fuertes aplastan a los débiles. Es una sociedad de emulación, donde cada uno puede encontrar su oportunidad, donde las desigualdades están ligadas a diferencias de eficiencia más que a razones sociales o institucionales, y donde según las bellas palabras de Tocqueville los ciudadanos tienen «una aspiración a subir y un temor a descender». La justicia no proviene del espíritu de la lucha de clases, sino de un espíritu de solidaridad. No conduce a la sociedad al estancamiento, al uniformismo y al tedio, sino que permite, con respeto a las personas, una competición creadora. La sociedad progresiva es el tipo de sociedad conforme a los valores tradicionales y al futuro de Europa Occidental.

En un momento en que reina un gran malèstar en nuestros países, en que los europeos parecen dudar de poder dominar su destino, en que nuestro viejo continente parece hundirse en un lodazal económico y político, y en que las tensiones sociales hacen temer a veces elecciones políticas aventuradas, creo que es más necesario que nunca fijarse objetivos claros y subrayar las razones de esperanza. Europa Occidental ha mostrado, en distintos momentos de su historia, que era capaz de adaptarse a los nuevos datos de la situación internacional. Los europeos han mostrado en diversas ocasiones que podían aceptar las disciplinas necesarias para su salvación y que sabían hacer prueba de imaginación y de organización. Los europeos han mostrado, desde hace treinta años, que podían unirse en una Comunidad que, pese a dificultades internas e internacionales, no solamente no se deshacía sino que progresaba lentamente.

Si para concluir fuera necesario resumir mi pensamiento, diría simplemente: no subestimemos a Europa. En el futuro, el mundo podrá seguir contando con ella.

Ciclo «Europa, hoy»

CONFERENCIAS DE DAHRENDORF Y RAYMOND BARRE

■ Fueron presentados por José María Maravall y Fuentes Quintana

Con una conferencia sobre «L'apport de l'Europe face à la crise», François X. Ortoli, Vicepresidente de la Comisión de las Comunidades Europeas y Presidente del Colegio de Europa, cerró el pasado 1 de marzo el ciclo de conferencias sobre «Europa, hoy», que en sucesivos lunes se ha venido desarrollando en la sede de la Fundación Juan March, y que ha contado con la participación de destacados dirigentes europeos y de especialistas españoles sobre el tema.

Iniciado el 1 de febrero con una conferencia de **José María de Areilza**, actual Presidente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, sobre «La identidad ideológica de Europa occidental», este ciclo ha contado con las intervenciones de **Ralf G. Dahrendorf**, director de la London School of Economics and Political Science y del Centro Europeo para la Investigación en las Ciencias Sociales: «Has Europe got a future?»; **Raymond Barre**, ex primer ministro y ex ministro de Economía francés: «L'Europe face aux changements du monde»; **Simone Veil**, ex-presidenta del Parlamento Europeo: «Le Parlement Européen»; y el ya citado **François X. Ortoli**, Vicepresidente de la Comisión de las Comunidades Europeas: «L'apport de l'Europe face à la crise».



En cada ocasión un profesor y especialista español ha realizado una presentación del conferenciante y del

tema objeto de su charla: **José María Jover Zamora**, académico y catedrático de Historia Contemporánea presentó al señor Areilza; **José María Maravall**, Catedrático de Sociología Política, intervino en la sesión de **Ralf G. Dahrendorf**; **Enrique Fuentes Quintana**, catedrático de Hacienda Pública y Derecho Fiscal, presentó a **Raymond Barre**; **Manuel Díez de Velasco**, catedrático de Derecho Internacional Público y Privado, lo hizo con **Simone Veil**; y **Luis Angel Rojo Duque**, catedrático de Teoría Económica, a **François X. Ortoli**.

En el Boletín de marzo se informó de la primera sesión del ciclo. En páginas siguientes, se ofrece un resumen de las intervenciones de **Ralf G. Dahrendorf**, **José María Maravall** y **Enrique Fuentes Quintana**, publicándose íntegro el texto de la conferencia de **Raymond Barre** en este mismo Boletín (págs. 3-16).

José María Maravall:

«ESPAÑA, UN RETO PARA LA CEE»



La contribución sociológica de Dahrendorf representó un análisis de los cambios en el sistema de clases de las sociedades capitalistas industriales y, por tanto, de las sociedades europeas occidentales. Como sociólogo y político liberal, Dahrendorf piensa que el futuro de las sociedades europeas requiere ir más allá de los límites de la socialdemocracia. Dahrendorf indica su posición: la política del mañana la define como la combinación de las conquistas socialdemócratas con las nuevas necesidades de libertad individual. «La cara aceptable de la sociedad industrial». Así define Dahrendorf a la socialdemocracia, y opina que se trata de una herencia irrenunciable, pero para ser superada. Los costes de las políticas socialdemócratas en unas economías en crisis son, sin duda, serios: ¿cómo se pueden financiar los servicios de bienestar? Para el primer cuarto del siglo XXI se prevén en las sociedades europeas dos personas activas por una persona inactiva recibiendo ayuda estatal. Debe tener lugar un nuevo enfoque del reparto del trabajo, de las fronteras entre empleo y actividad social.

En el amplio abanico del liberalismo, Dahrendorf rechaza lo que denomina «la oposición azul a la socialdemocracia». Se requiere —piensa— que las políticas de bienestar y redistribución se mantengan, a la vez que se empiece a cambiar la vida con nuevas fórmulas de participación política.

Si en Europa las necesidades sociales insuficientemente atendidas son considerables, en el Sur de Europa la herencia socialdemócrata es todavía un horizonte por conquistar. Más en particular, en nuestro país tenemos un subsidio de desempleo que, según los últimos datos del INEM, cubre sólo a un 48 por 100 de los parados. Las tasas de movilidad ocupacional neta han sido también cercanas a la mitad de las existentes en otras sociedades europeas. Y también es casi la mitad de la proporción europea nuestro consu-

mo de bienes públicos respecto del consumo total. Para nosotros la cuestión no es sólo si la combinación de igualdad y libertad que existe en Europa es suficiente, sino prioritariamente acercarnos a sus cotas de justicia y de democracia. En el espectro del liberalismo, nosotros tenemos, sin embargo, una especie singular: aquella que no sólo acepta, como Dahrendorf, las conquistas de la socialdemocracia, sino que quiere desmontar los precarios servicios de bienestar existentes en nuestro país.

Durante muchos años, defender la incorporación a la CEE se convirtió en un equivalente a democracia. La actitud dilatoria de la Comunidad tiene un efecto erosivo sobre la opinión pública y, manejada por sectores económicamente proteccionistas y políticamente antidemocráticos, puede producir tensiones de frustración y hostilidad. El caso español es un catalizador no sólo de la crisis económica y social de la CEE, sino también de su crisis política: la de ofrecer un proyecto democrático y social de carácter solidario. El empantanamiento de las negociaciones y el escaso interés de la idea de Brandt de un Plan Sur muestran conjuntamente la erosión de ese proyecto.

Sin embargo, si Europa puede suponer para los españoles el desafío de un modelo de sociedad que nos sirve de referencia democrática y social, España para los europeos significa el desafío de llevar a la práctica de verdad esa promesa de solidaridad y su proyecto democrático y social.

JOSE MARIA MARAVALL es catedrático de Sociología Política de la Universidad Complutense. Ha sido Profesor Senior del Departamento de Sociología de la Universidad de Warwick y director de su Escuela de Estudios Graduados. Desde 1979 es Secretario del Departamento de Ciencias Sociales de la Fundación Juan March.

Ralf Dahrendorf:

«¿TIENE EUROPA FUTURO?»



Uno de los problemas principales con que se enfrenta la política actualmente es el de cómo combinar adecuadamente las conquistas sociales con las nuevas necesidades de libertad individual de una comunidad, es decir, los problemas de las políticas de bienestar social y las posibilidades de libertad en el nuevo marco socio-económico de las sociedades europeas avanzadas. Personalmente, me siento orgulloso de haber formado parte, en 1969, del gobierno alemán que trató precisamente de conjugar ambas cosas. Pero 1969 para los países desarrollados de la Europa central y del Norte era un año relativamente bueno. Se sabía adónde ir, ya se fuera liberal o socialista, se estaba todavía en un período de crecimiento económico con perspectivas esperanzadoras suficientes para que la política fuera, por entonces, un juego en el que nadie llegase a ser un perdedor permanente.

Hoy la situación es muy distinta y en el entorno socioeconómico en el que vivimos la política se ha convertido en algo mucho más complejo y difícil. Se han producido una serie de cambios que nos afectan a todos. Estamos empezando a descubrir lo que yo llamaría «las contradicciones de la modernidad» y nos encontramos con que lo que ayer se nos mostraba como adecuado y meridianamente claro, hoy nos crea problemas nuevos con los cuales francamente no sabemos muy bien cómo enfrentarnos. Por ejemplo, mientras que antes se juzgaba correcta la creación de un Estado de Bienestar Social, mediante la introducción de políticas sociales que garantizasen a todos los derechos de ciudadanía, hoy se ve que los costes de esta política socialdemócrata, en unas economías en crisis, son muy serios: ¿cómo se pueden financiar esos servicios de bienestar dada la actual composición demográfica de las sociedades europeas? Es decir, acciones o respuestas que ayer eran totalmente válidas no lo son necesariamente para mañana, y crean incluso nuevos problemas.

¿Cuál ha de ser la respuesta para ese mañana, dentro de una perspectiva socio-liberal? No estoy muy seguro de conocerla, pero sí al menos pienso en una serie de preguntas a las que hay que ir respondiendo; y, como se sabe, a veces, plantearse una pregunta en la forma adecuada es recorrer, por lo menos, la mitad del camino hacia su solución. ¿Cómo poder seguir manteniendo nuestras instituciones democráticas, si ya no es posible que todos tengan un aumento en el salario real, en lo que llamamos los salarios sociales? Cabría preguntarse si no habremos identificado demasiado las instituciones democráticas con nuestras esperanzas económicas. Tendríamos que intentar separar libertad y economía, convencernos de que no constituyen dos partes iguales de una ecuación.

NUEVAS PREGUNTAS Y NUEVAS RESPUESTAS

Otra pregunta sería la de cómo combinar nuestras esperanzas con el deseo de estabilidad económica, es decir —y ello nos introduciría en el difícil ámbito del proteccionismo— ¿cómo conseguir la estabilidad económica con un crecimiento muy lento y sin estancamientos de la economía? Ello supondría adaptarnos a que durante mucho tiempo nuestras expectativas tendrán que irse recortando. En definitiva, ¿cómo hacer compatible nuestra responsabilidad social con el esfuerzo individual? Esto se relaciona con la cuestión del contrato social. Si en el pasado se confiaba en la existencia de una especie de red de seguridad social para todos los ciudadanos, una red que no excluía a nadie en sus derechos sociales, hoy hemos de plantearnos de nuevo la cuestión del contrato social.

Otro interrogante, a mi juicio muy importante, es cómo poder estar se-

guros de que las numerosas opciones y posibilidades que las sociedades avanzadas ofrecen hoy a sus ciudadanos no van a perder su significado. Y esto nos lleva a la cuestión básica de la ley y el orden, es decir, en definitiva, a si la misma trama de la sociedad puede seguir manteniéndose en el mundo moderno. O, para pasar a otro ámbito distinto, preguntémonos cómo combinar las demandas, totalmente legítimas, de descentralización —tema, éste, que nos conduce a Europa—, por un lado, y la de una mayor centralización, a nivel más alto, de determinadas decisiones, por otro. Hay una cosa clara: se necesitan respuestas nuevas y es muy difícil encontrarlas. Apliquemos ahora estos planteamientos generales al tema de Europa.

En primer lugar, conviene aclarar que la integración europea no es la respuesta a todas estas preguntas que tenemos pendientes. Aunque Europa es, sin duda, muy importante, no lo es todo; es tan sólo un elemento más dentro de un panorama mucho más complejo de decisiones políticas, económicas y sociales. Entonces concluiremos que esos interrogantes han de plantearse y tratar de hallar las respuestas a los mismos a nivel mundial. Hay que encontrar soluciones mundiales.

Sin embargo, no hay duda de que existe el *interés europeo*, utilizando tal concepto en el sentido de «interés nacional». Hay cuestiones que interesan a todos los europeos libres. Por tanto, hemos de diferenciar con claridad los problemas que pueden ser los mismos para la mayoría de los países europeos, de cuestiones en las que lo que hay es un interés común por hallar una solución entre todos, pero que no forzosamente son el mismo problema. El desempleo, por ejemplo. Evidentemente es éste un grave problema para todos los países europeos; muchos asegurarían que constituye el tema clave sobre la mesa de la Comunidad Económica Europea. Pero, ¿es realmente el desempleo un problema europeo, al que sólo cabe hallar solución a nivel europeo, o es una cuestión con respecto a la cual se advierte en los distintos países una gran competencia? No está claro, en cualquier caso, que las respuestas a nivel europeo vayan a ser las mejores.

Veamos ahora una serie de problemas que sí son comunes para los distintos países europeos. Uno de los cambios más importantes que se han

producido en la economía fue el desmoronamiento, en los años setenta, del sistema monetario internacional, con la suspensión, el 15 de agosto de 1971, de la convertibilidad del dólar en oro. El final de Breton Woods dejó una enorme laguna y todos los intentos de volver a restaurar ese sistema monetario internacional han fracasado. Por todo ello, hemos de pensar en la utilidad de un sistema monetario europeo, por ser algo de interés común para todos los países de este continente, dado que ningún miembro de la CEE (o de fuera de ella) puede crear una estabilidad monetaria. Y en este mismo contexto cabría situar el tema de la política europea para con los países del Tercer Mundo y en vías de desarrollo. Europa ocupa en este aspecto una situación singularísima y ventajosa: es lo suficientemente rica para permitirse ofrecer su ayuda y, por otro lado, no es una superpotencia, por lo que no existe riesgo del miedo a depender de ella. Creo que una política para con los países en vías de desarrollo es algo que interesa especialmente a Europa y hay que cooperar en este aspecto. Digo *cooperar*, porque sería ilusorio pretender que el interés de los distintos estados miembros de la Comunidad Europea sea idéntico en todos los campos.

BALANCE DE LA COMUNIDAD ECONOMICA EUROPEA

Confío en que no sea malinterpretado —siendo como soy profundamente europeo— si afirmo que la Comunidad Europea, tal como se muestra hoy, tiene un panorama bastante difícil para responder a lo que yo llamo el «interés europeo». Es indudable que la Comunidad, a lo largo de su historia, ha conocido avances, progresos, pero también lo es que éstos se han conseguido al margen de las instituciones y han sido debidos, sobre todo, a esfuerzos de cooperación que no figuran en la letra, en el texto de los tratados de Roma y París. Estos se han hecho rígidos y casi incapaces de adaptarse a las nuevas definiciones de intereses que se precisan.

Si recordamos un poco por encima la historia de la Comunidad Europea, advertimos que ésta fue, en sus comienzos, un intento de cooperación política, de lograr una comunidad de defensa europea; idea, ésta, surgida en la cámara de diputados

en Francia, hasta llegar a fundarse la Comunidad Económica Europea como tal. El plan inicial era, pues, algo limitado. En un momento de crecimiento económico rápido, se concibió la Comunidad como una especie de unión aduanera que eliminase poco a poco las barreras arancelarias. De esto se ocupó la CEE principalmente durante sus primeros doce años de vida. Después hubo un punto de inflexión y cambio en su historia, marcado por la Conferencia de La Haya, en diciembre de 1969. Los jefes de gobierno de los estados miembros de aquel momento —los Seis— reconocieron que aquel objetivo de lograr una unión aduanera estaba prácticamente logrado y había que plantearse un nuevo objetivo.

Así se acuñaron los conceptos de *ampliación* y *profundización* de la Comunidad. Esta ampliación tuvo ocupada —y la sigue teniendo hoy— a la CEE durante mucho tiempo. Yo personalmente creo que, de por sí, esa ampliación no hace a la Comunidad más flexible: por un lado, los nuevos Estados miembros difícilmente podrán hacer cambiar de opinión a los ya integrantes sobre aspectos en los que difieran; por otro, los Estados nuevos, una vez dentro de ella, con frecuencia se llegan a olvidar de los anteriores deseos de cambiar las cosas. Tienen que aceptar las reglas del juego. Es decir, que la ampliación de la Comunidad, si bien desde el punto de vista técnico ha sido todo un éxito, no ha significado en sí misma un avance.

En cuanto al otro objetivo —profundización en objetivos y planes— la CEE se concibió inicialmente como un proyecto para conseguir una unión económica y monetaria europea en un plazo de diez años. Cuando en agosto de 1971 comenzó el flotar de las divisas, se comprendió que todo intento, en aquel momento, de unir las divisas de los diversos estados miembros ya no tenía ningún sentido. La Comunidad se dio cuenta de que el calendario de acontecimientos políticos no estaba determinado por las decisiones de Bruselas, ni éstas podían imponerse a todo un mundo que no controlan. Pues bien, desde entonces podríamos decir que la Comunidad Europea ha perdido un poco ese objetivo y sentido tan característico de sus primeros años de vida. Y no es fácil saber cómo va a salir del atolladero, de ese callejón sin salida tan arduo en el que actualmente se encuentra.

La Comunidad Europea, tal como está hoy, no constituye la fuente de una respuesta clara a los problemas candentes que hemos visto.

Llegamos, en fin, a la pregunta clave y objeto de esta charla: ¿Tiene Europa futuro? Y en caso positivo, ¿cómo habría de ser ese futuro? En primer lugar, ya lo hemos apuntado antes, hemos de tener muy presente que no todos los problemas con los que nos enfrentamos hoy son problemas europeos, y por lo tanto, la respuesta o solución a los mismos no tiene por qué tratarse a nivel europeo, en el seno de la Comunidad; y en el caso de que si se trate de problemas europeos, hay que confiar en que prevalezcan los intereses europeos sobre las políticas, algo miopes, que quizá puedan perseguir determinados gobiernos en un momento dado. Por otro lado, los intentos de sustitución de la Comunidad Europea por otras asociaciones o clubs, tampoco me parece que constituyan una esperanza de innovación clara.

Pero es un hecho que existe una auténtica voluntad de cooperación entre los ministros de asuntos exteriores de los diversos países europeos, una voluntad considerablemente mayor que hubo antes. Y no hay duda de que este hábito de cooperación, esa comunicación e intercambio de puntos de vista que confiere el sentimiento de no estar aislado, es mucho más importante que las propias instituciones. Este hábito de cooperación, que ha ido enraizando en los gobernadores de los Bancos centrales y ministros de finanzas de los diversos países europeos, se ha convertido en un elemento de estabilidad importante en un mundo voluble e inestable en el ámbito financiero, como el que presenciamos hoy. Es decir, lo importante es estar dispuestos a seguir adelante en esta línea de cooperación. Sólo así podremos afirmar que Europa tiene futuro.

RALF G. DAHRENDORF nació en Hamburgo en 1929. Ha sido profesor de Sociología en diversas universidades alemanas, miembro del Consejo Alemán de Educación y del Parlamento Federal (Bundestag), Secretario Parlamentario del Estado en Asuntos Exteriores y miembro de la Comisión de las Comunidades Europeas. Es director de la London School of Economics and Political Science y del Centro Europeo para la Investigación y Documentación en las Ciencias Sociales.

Fuentes Quintana:

«EUROPA, DECISIVA»



La crisis económica de los setenta nos ha desterrado a un mundo nuevo, definido por las coordenadas del corto crecimiento de la producción y el paro, de una parte, y de la inflación de los dos dígitos de otra. Un mundo ingrato que reclama cambios de costumbres y sacrificios difíciles de aceptar y para el que nadie tiene soluciones brillantes y gratuitas sino respuestas laboriosas y costosas. Pues bien, en esta crisis actual que tan duros deberes impone a economistas y políticos, Raymond Barre es un economista con opiniones y un político comprometido.

Una gestión realista y eficiente de la economía reclama atender a dos grandes escenarios en los que se decide la lucha contra la crisis: el de los equilibrios (exterior de la balanza de pagos e interno de los precios) y el de la adaptación de la estructura productiva a los datos nuevos de precios, costes y competencia exterior. El primer escenario reclama las actuaciones de una política monetaria rigurosa, una política presupuestaria exigente, un diálogo social capaz de moderar el crecimiento de los costes de producción y una competencia activa en los distintos mercados.

En el segundo escenario los éxitos se miden por la adaptación de la estructura productiva a las condiciones impuestas por la crisis, lo que requiere renovar la planificación indicativa para definir programas que incorporen colaboración pública y privada dando contenido a cuatro grandes políticas: la energética y de materias primas, la de reestructuración industrial, la de transformación de la agricultura y la de investigación, innovación y desarrollo de actividades de alta tecnología.

La dilatada espera de España en las puertas de la CEE ha tenido durante mucho tiempo motivos políticos, hoy por fortuna superados. Pero sigue teniendo causas e intereses económicos que alimentan la discusión y alargan el proceso negociador de la integración. De una parte, se alega la crisis de la CEE. De otra, —de la nuestra— la pereza a

los cambios importantes que forzaría la integración, las dificultades del grave momento industrial, los problemas que para la integración plantearían algunos sectores productivos y determinadas regiones.

Estas alegaciones, sin embargo, no parecen suficientes para negar los válidos argumentos de nuestros negociadores: Primero, y fundamental, el de la dimensión del mercado europeo para lograr costes mejores a nuestras producciones y despejar las incertidumbres que afectan a cualquier inversión cuando se desconoce el área para la que se programa. El hecho de que se ignore si una inversión afecta a un mercado de 37 millones de habitantes o de 300 millones, si va a pagar unos u otros aranceles, si se va a gravar con unos o con otros impuestos, es un factor creador de incertidumbres que justifica peligrosas actitudes de espera en las inversiones.

En segundo lugar, las reformas necesarias para la integración en nuestras instituciones económicas lo son también para administrar mejor nuestros recursos en la actualidad. Y esas reformas no las hemos realizado jamás en España sino bajo el peso del compromiso exterior.

En tercer lugar, en tiempo de crisis es importante ganar oportunidades para dinamizar la economía, aumentando las inversiones y la exportación y ampliando de esta manera los puestos de trabajo. Pues bien, ¿no ofrece la CEE oportunidades mayores a este respecto que aquellas con las que contaría un solo país como el nuestro? La lectura del V Programa de la CEE parece justificar una respuesta positiva.

ENRIQUE FUENTES QUINTANA es catedrático de Hacienda Pública y Derecho Fiscal en la Universidad Complutense, Técnico Comercial del Estado y Académico de la Real de Ciencias Morales y Políticas. Ha sido vicepresidente para Asuntos Económicos.

A partir del 14 de abril

EXPOSICION DE ROBERT Y SONIA DELAUNAY

■ Ofrecerá 158 obras: óleos, grabados, dibujos, guaches, acuarelas y piezas diversas

Un total de 158 obras, entre óleos, dibujos, grabados, guaches, acuarelas y otras piezas diversas, integran la Exposición de Robert y Sonia Delaunay que desde el próximo 14 de abril se ofrecerá en la sede de la Fundación Juan March, donde permanecerá abierta hasta el 23 de mayo. La muestra de los Delaunay, quienes figuran entre los artistas más destacados de la pintura abstracta de comienzos de siglo, sobre todo por sus investigaciones de la luz, el color y los contrastes simultáneos, ha sido organizada con la colaboración de la Asociación de Acción Artística del Ministerio de Asuntos Exteriores francés, y de la Embajada de Francia en Madrid; así como con la ayuda de la familia Delaunay y del Museo Nacional de Arte Moderno-Centro Pompidou, de París. Entre otras instituciones, galerías y coleccionistas privados que han aportado ayuda para su realización figuran la Fundación Gulbenkian, de Lisboa, la Biblioteca Nacional de París y otros museos franceses.

En esta exposición se puede ver la evolución conjunta de esta pareja de artistas desde sus primeras obras hasta los últimos años de su vida. Robert, francés, murió en 1941, y Sonia, rusa, en 1979. Ambos habían nacido el mismo año, en 1885. Las 158 obras que integrarán la Exposición Delaunay abarcan 58 óleos, 15 dibujos, 24 guaches, 21 acuarelas y 11 grabados, así como gran número de tejidos, libros de poesía ilustrados y otros objetos diversos que realizó Sonia Delaunay a lo largo de su vi-

da. También se incluye una muestra de ediciones ilustradas de diversos poetas y escritores de vanguardia con los que colaboraron los Delaunay en los años veinte: Aragon, Cocteau, Soupault, Huidobro y otros.

Entre otras obras figuran algunas *Ventanas* de Robert, de 1912; la edición ilustrada de *La Prosa del Transiberiano*, de Blas Cendrars, que realizó Sonia en 1913, o sus *Prismas eléctricos* de esa misma época; y otras piezas que reflejan las investigaciones de ambos artistas en el ám-



bito de los discos simultáneos. El período hispano-portugués (1914-1920) de los Delaunay está representado por varios bodegones y autorretratos, algunas obras de la serie *Mujer desnuda leyendo* (1915) o *El Gitano* de Robert, y otras como *Mercado del Miño*, *Bailarinas* o *Gran Flamenco* (de 1916) de Sonia; así como diversos figurines de ésta para ballets de Diaghilev.

Completan esta exposición numerosas piezas de «tejidos y vestidos simultáneos», investigaciones litográficas y encuadernaciones artísticas de Sonia desde 1921 hasta fines de los sesenta; así como retratos de los poetas surrealistas realizados por Robert, obras de su serie *Ritmos* y un estudio de su mural *Aire, hierro y agua* para el Pabellón del Aire de la Exposición internacional de París de 1937.

LUZ Y COLOR, CONSTANTES DE LOS DELAUNAY

Robert y Sonia Delaunay, nacidos ambos en 1885 —él en París, ella en Gradzihsck (Ucrania)—, figuran entre los pioneros de la pintura abstracta, especialmente en la investigación del color, de las leyes de los contrastes y discos simultáneos, bajo el rótulo del «simultaneísmo» (correspondencia estática de los elementos del color, que traducen el dinamismo de la luz). Adscritos también al «orfismo», término acuñado por Guillaume Apollinaire para definir una nueva categoría artística que distinguiera a los Delaunay de los cubistas ortodoxos, como Braque y Picasso, Robert y Sonia a comienzos del siglo XX se interesan por temas de la vida moderna —los bailes, los anuncios luminosos— que trasponen a un nuevo lenguaje plástico rompiendo con el cubismo del momento. Los Delaunay tratan de sustituir la *observación* del artista por la *percepción* global, instantánea y difuminada, imprecisa, del paseante.

En los primeros años del siglo, desde 1905, ambos adoptan actitudes muy próximas que convergen en una cada vez más acusada tendencia hacia la abstracción. Robert, interesado hacia 1906-1907 por las teorías neo-impresionistas, empieza a investigar en la ley del contraste simultáneo de los colores, descubierta científicamente por Chevreul. A partir de entonces, Robert Delaunay abandonará el fauvismo y entrará en el llamado período «destrutivo», de

dislocación de las formas en la luz, todavía cercano al cubismo. En 1912 se centra principalmente en la descomposición de los colores y en el análisis de los reflejos que conduce a la elaboración de todo un lenguaje nuevo (*Ventanas*, primeras *Formas Circulares*), alejado ya del cubismo e interesado cada vez más por los problemas de la luz y del color.

El arte de Sonia Delaunay, por su parte, es toda una poesía del color, color convertido en lenguaje pictórico. Serán los colores vivos (azules, violáceos, naranjas) y el dibujo sintético las principales marcas de su estilo en el que, en opinión de Robert, «se funde la corriente 'parisina', que pasa por Gauguin y Matisse, y la del 'color eslavo', que resurgirá en artistas tan diferentes como Kandinsky, Jawlensky y, más tarde, Malevitch o Chagall». El gusto por el espectáculo, el baile, el movimiento, los reflejos coloreados de las luces de la ciudad en los días de lluvia, esos halos de colores de los anuncios luminosos y, en el período hispano-portugués, la luminosidad y colorido de las escenas populares, son inconfundibles de su arte.

Otra faceta muy conocida de Sonia Delaunay es la de diseñadora de figurines para ballets (de Diaghilev), así como sus audaces ideas en la moda, que se adelantan cuarenta años a las de Saint-Laurent y Courrèges: a Sonia se deben los primeros diseños de tejidos abstractos (a base de discos, segmentos, etc., ligados por ritmos de colores). A lo largo de 65 años, de 1906 a 1971, Sonia realizará también una intensa labor creadora en pintura. Recogiendo la herencia de fauves y cubistas, participa, junto a los grandes pintores de la época, en los principales Salones y Exposiciones internacionales, donde se gesta la pintura moderna. Un campo muy destacado del arte de Sonia será también la ilustración de libros. Los Delaunay fueron muy amigos de los poetas surrealistas, como Apollinaire, Blas Cendrars, Tristán Tzara, Soupault, Aragon, Breton, Eluard y tantos otros; y Sonia colaboró con ellos en la ilustración de sus libros de poemas, especialmente con Cendrars.

Robert Delaunay conoció a Sonia Terk en 1907, momento en el que su principal preocupación era la investigación del contraste simultáneo de los colores. Al año siguiente, Sonia, una pintora eslava influida por Van Gogh y Gauguin, que había llegado a París hacía tres años, se

casa con el crítico y coleccionista alemán Wilhelm Uhde, del que se divorciaría dos años después, para casarse con Robert en 1910. En 1912 Sonia realiza sus primeras telas de «contrastes simultáneos», obras de encuadernación artística y diseños de vestidos.

En 1913 ven la luz las *Formas Circulares* de Robert y el *Bal Bullier* de Sonia, una de sus obras maestras que confiere por vez primera al tema una impresión sintética del ambiente, del movimiento coloreado de las parejas que bailan; los *Prismas eléctricos*, también de Sonia, y la edición ilustrada de *La Prosa del Transiberiano de la pequeña Juana de Francia*, de Blas Cendrars. Sonia y Robert participan en el primer Salón de Otoño alemán, en Berlín, en la galería Der Sturm, donde sus conceptos estéticos despiertan un

entre los cubistas. Con la citada edición de *La Prosa del Transiberiano...*, la tipografía utilizaba por vez primera caracteres distintos y el texto se imprime en diversos colores.

PERIODO HISPANO-PORTUGUES: 1914-1920

Los Delaunay llegaron a España en el verano del 14, con el pintor mejicano Zaraga, que inicia a Robert en la pintura a la cera, técnica que practicó éste durante su estancia en nuestro país. Pronto se trasladan a Madrid, al caer enfermo su hijo Charles. Los Delaunay descubren España, sus cabarets, el flamenco, el sol y el fuerte colorido de la vida campesina, que a Sonia le recuerdan la Rusia de su infancia: las fiestas, los mercados, la animación de las calles, los puestos de frutas. Maravillados, emprenden una serie de estudios del natural, naturalezas muertas. Robert y Sonia temían el exceso de intelectualismo que conllevaba la abstracción y se proponen volver a la figuración. No volverán a aquella hasta 1930 —Robert—, pero mucho antes, Sonia, en sus telas estampadas abstractas. En 1915 Robert pinta *El Gitano* e inicia la serie de *Mujeres desnudas leyendo*.

Huyendo del calor de Madrid, deciden marchar a Portugal. En Lisboa conocen a los pintores de vanguardia (Vianna, Almada, Cardoso) y a escritores del grupo «Orfeo». De esta época son las célebres *Naturalezas muertas en el jardín* y *Las cafeteras*, de Robert. Sonia, por su parte, empieza en 1916 una serie de esbozos para el *Mercado del Miño*, una gran composición en la que plantea de nuevo el problema del dinamismo del color, sugerido a base de los contrastes simultáneos. Cuando llega a Portugal el eco de la guerra, los Delaunay regresan a España, esta vez a Vigo. Allí Sonia pinta numerosos trajes simultáneos y proyecta diferentes portadas para la revista *Vogue*. Pronto marchan a Valença do Minho, un pueblecito cerca de la frontera, donde Sonia emprende el cuadro *Los cantaores de flamenco* y Robert retoca la gran *Mujer desnuda leyendo*. Tras una breve estancia en Barcelona, regresan a Madrid, adonde llega Diaguilev, con Nijinsky y Stravinsky, con quien traban amistad los Delaunay, así como con otros artistas, entre ellos, Manuel de Falla. Entretanto Sonia se dedicaba



Sonia Delaunay: Autorretrato (1916).

enorme interés y ejercen notable influencia en los pintores alemanes Klee (Robert) y Macke y Marc (Sonia).

La guerra del 14 sorprende al matrimonio Delaunay de vacaciones por España, en Fuenterrabía, adonde habían llegado en busca del color y de la luz meridionales. Tenían entonces 29 años. Robert estaba obsesionado por dos ideas fundamentales: 1.º la luz en cambio constante «engendra ella misma la forma independiente de la presencia del objeto»; y 2.º las formas autónomas de la luz implican la percepción del movimiento. En cuanto a Sonia, ya había realizado —y expuesto— una serie de papeles pegados para la encuadernación de los libros de sus poetas preferidos, y había adquirido con ello reconocimiento y prestigio

a decorar objetos que compraba en el Rastro: con cacharros populares y viejos, rafia y otros materiales, hace pantallas, cestos de flores de lana, chaquetas, sombrillas llenas de sol... y diseña modelos de vestidos. En 1918 Diaguilev encarga a Sonia los figurines para *Cleopatra* e invita a la pareja a pasar con él una temporada en Sitges. Allí les propone que sean los decoradores titulares de su compañía de ballet y que le acompañen a Inglaterra. Ellos no aceptan y regresan a Madrid, donde hacen amistad con los escritores y poetas de vanguardia: Valle-Inclán, Guillermo de Torre, que hará poemas sobre los cuadros de Robert y artículos sobre los trajes diseñados por Sonia, y Gómez de la Serna, quien en *El Figaro* del 23 de octubre de 1918 escribe un retrato espiritual de Delaunay.

Durante todo este período Sonia no ha abandonado la pintura y realiza una serie de *Bailarinas*. Desde hacía tiempo, los Delaunay mantenían contacto por correspondencia con París, con los poetas surrealistas franceses, que les reclamaban. Deciden volver a París en 1921.

Seguirá desde entonces una intensa actividad creadora y expositiva en Francia. En 1922 Robert expone una gran muestra individual en la galería Paul Guillaume. Pinta la serie *Hélices* e inicia la segunda de la Torre Eiffel. En 1925 pinta, con Fernand Léger, los frescos del Palacio de la Embajada de Francia, que presenta, con gran escándalo, en la Exposición Internacional de Artes Decorativas, de París. De 1926-27 data la segunda serie de «Coureurs», y retratos de Cocteau, Pío Baroja, etc. Se relaciona con los grandes arquitectos alemanes (Gropius, Breuer) y en 1930 decide abandonar la figuración para volver a un arte totalmente abstracto (*Formas Circulares*, primeras versiones de *La Joie de Vivre*). Vuelve a los *Discos* de 1912 y 1914 y realiza la serie *Ritmos*. En esa etapa que va de 1922 a 1935, Sonia sigue trabajando incansablemente: vestidos-poemas con Tristán Tzara, primeros écharpes simultáneos, encuadernaciones, ilustración de libros y tejidos «en movimiento», que expone en el Salón de Otoño de 1924. En 1932 aparece publicado su trabajo «Los artistas y el futuro de la moda».

En 1936 el Museo de Arte Moderno de Nueva York expone seis lienzos de Robert en la gran exposición

de «Cubismo y Arte Abstracto» de ese año. Los dos esposos realizan conjuntamente varios murales para la Exposición Internacional de París de 1937. Robert realiza *Aire, hierro y agua* para el Pabellón de Aire de dicha colectiva. Otras obras realizadas conjuntamente por Sonia y Robert son las destinadas a la decoración del atrio del Salón de las Tullerías, en la que también colaboran otros artistas. *Los tres Ritmos*, n.º 1, 2 y 3, de Robert, realizados en 1938, pueden ser considerados como su testamento pictórico. En 1939 los Delaunay organizan el Primer Salón de «Réalités Nouvelles» en la Galería Charpentier, de París (primer salón de arte abstracto). Pero al año siguiente, Robert enferma y fallece en 1941, el 25 de octubre, en Montpellier.

Sonia, tras la muerte de su marido, sigue trabajando en exposiciones (con el Grupo Art Concret, en París, en 1945, entre otras) y en la creación de pinturas y de libros ilustrados de poetas surrealistas, como *Le fruit permis*, de Tzara. En 1963 Sonia hace donación al Museo Nacional de Arte Moderno de París de 117 obras suyas y de Robert, que son expuestas en el Louvre ese mismo año. En 1965 tiene lugar la primera exposición de Robert y Sonia Delaunay en América del Norte, en Ottawa (Canadá). Luego vendrían otras como la Gran Retrospectiva del citado Museo Nacional de Arte Moderno de París, en 1967; la conjunta de los dos en Portugal (con obras de sus amigos portugueses), en la Fundación Calouste Gulbenkian, de Lisboa, en 1972.

En 1975 Sonia realiza un cartel para la UNESCO, con motivo del Año Internacional de la Mujer; y ese mismo año el Museo Nacional de Arte Moderno de París organiza una exposición en su homenaje, seguida de otra itinerante que organiza el Centro Pompidou.

Sonia hace donación en 1977 de los manuscritos, investigaciones gráficas y archivos, tanto suyos como de Robert, a la Biblioteca Nacional de París. Sonia fallece en su estudio de París el 5 de diciembre de 1979. Una importante exposición retrospectiva de Sonia Delaunay se inaugura en la temporada 1980-81 en la Albright-Knox Gallery, de Nueva York; muestra que se exhibe con carácter itinerante por diversos puntos de Estados Unidos y Canadá.

En su 70 aniversario

HOMENAJE A MONTSALVATGE

■ El compositor asistió al concierto en que se interpretaron obras suyas

El pasado 10 de febrero se celebró, en la sede de la Fundación, un homenaje al compositor catalán Xavier Montsalvatge, con motivo de cumplirse este año el 70 aniversario de su nacimiento.

El homenaje se abrió con una presentación a cargo del crítico y musicólogo Enrique Franco y, tras el concierto, el propio Xavier Montsalvatge pronunció unas palabras de agradecimiento.

Para ilustrar este acto de homenaje la Fundación editó un folleto dedicado al propio compositor catalán: textos suyos, una biografía redactada por Enrique Franco, una bibliografía sobre Montsalvatge, el catálogo de sus obras y una antología de opiniones de destacados críticos musicales; incluyendo también el programa del concierto, los textos de las canciones cantadas y las reseñas biográficas de los participantes en el acto de homenaje.

Tras la presentación en la que Enrique Franco, único biógrafo del compositor, expuso la significación del homenaje, destacando la personalidad y la importancia de la obra de Xavier Montsalvatge, se ofreció un concierto en el que la soprano Carmen Bustamante, la pianista Ana María Gorostiaga y el Conjunto Instrumental de Madrid, que dirige José María Franco Gil, interpretaron obras del compositor catalán.

El programa estuvo compuesto por algunas de sus canciones más conocidas: *El lagarto está llorando*, *Cançó amorosa*, *Oração*, *Cuba dentro de un piano*, *Punto de habanera* y *Vocalizzo*, y la obra que tanto el propio compositor como la crítica más estiman, *Cinco Invocaciones al Crucificado*, que escribió por encargo de las Semanas de Música Religiosa de Cuenca.



XAVIER MONTSALVATGE

Nació en Gerona en 1912. En 1922, instalado en Barcelona, inicia sus estudios de violín con Costa y Toldrá y de composición con Morera y Pahissa. Al terminar la guerra civil, empieza a ejercer la crítica musical en la revista «Destino». De 1945 data su *Canción de cuna para dormir a un negrito* y del año siguiente las *Canciones negras*, su obra más conocida. En 1947 se crea el «Círculo Manuel de Falla» y Montsalvatge compone *El gato con botas* (ópera en un acto). Galardonado en diversas ocasiones (Premio de la Escuela Superior de Música de París a su *Sinfonía mediterránea*, en 1949, o el «Samuel Ros» al *Cuarteto indiano*, en 1952), Montsalvatge viaja por Europa dando conferencias y en 1960 tiene lugar el estreno del *Cant espiritual*, por el Orfeo Catalá. Desde 1962 ejerce la crítica musical en «La Vanguardia», actividad que sigue realizando en la actualidad. En 1965 ingresa en la Academia de Bellas Artes de San Jorge y en 1970 es nombrado catedrático de Composición del Conservatorio Superior de Música de Barcelona. En 1975 es elegido correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Como se afirma en el prólogo del folleto editado por la Fundación, considerado en su doble faceta de compositor y crítico musical, Montsalvatge pertenece a una generación de artistas a caballo entre la crisis del lenguaje decimonónico y la vanguardia de nuestro siglo. En música, todavía la generación anterior podía moverse en ámbitos nacionalistas, mientras que los más jóvenes pudieron permitirse el lujo de una ruptura violenta. Las generaciones intermedias son siempre más íntimamente conflictivas, escogen con frecuencia la evolución y han de refugiarse en la individualidad, en la propia personalidad. Este ha sido el marco, a medias servidumbre gustosamente asumida, pero no exenta de audacia, en el que se sitúa históricamente la obra de Montsalvatge.

Los críticos se han ocupado con atención de Xavier Montsalvatge. Para **Enrique Franco** el compositor catalán es un «agudísimo hombre de cultura, dispuesto siempre a la fruición de la poesía, la escultura, la pintura, la literatura o el teatro, y un músico dotado de una singular capacidad receptiva». **Federico Sopena**

opina que «la madurez de sus años y de su trabajo le permite una espléndida postura de equilibrio y de comprensión». Destacando su posición estética independiente **Fernández-Cid** afirma que «su instinto artístico, su afán de estar al día le han acercado a las más modernas corrientes. Toda su obra es una demostración de esta actitud, pero es el primero en estimular a las jóvenes promociones de seguidores por sus particulares caminos propios». Finalmente, según **Manuel Valls**, «a Montsalvatge no le tentó seguir la senda del nacionalismo estricto ni le sedujeron los retornos clasicizantes. Los 'Tres divertimentos', constituyen el tímido antecedente de una original e insólita proyección del nacionalismo».

PARTICIPANTES

Enrique Franco. Estudió piano con Rogelio de Villar y Luis Galve y composición con Conrado del Campo. Trabaja en Radio Madrid y, en Radio Nacional de España, donde es desde hace años director de los Servicios Musicales. Crítico musical de «El País». Tanto en el periodismo escrito, como en la radio o a través de estudios y conferencias contribuye intensamente a la difusión de la música de vanguardia española.

Carmen Bustamante. Debutó en 1960 con el Gran Teatro del Liceo. Ha colaborado asiduamente en el Festival Internacional de Música de Barcelona y ha cantado en varios países europeos y en Asia.

Ana María Gorostiaga. Realizó sus primeros estudios musicales en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid con su padre y con Enrique Aroca, y amplió estudios en Italia y Francia. Especializada en música de cámara.

José María Franco Gil. Cursó sus estudios musicales a la vez que la carrera de ingeniero industrial. En 1960 es nombrado titular de la Orquesta Nacional de Guatemala y en 1964 sucede a Ataúlfo Argenta en la dirección de la Orquesta de Cámara de Madrid. Un año más tarde se hace cargo de la del Grupo Alea.

El **Conjunto Instrumental de Madrid** fue creado en 1975 para protagonizar la serie de conciertos antológicos con los que la Fundación March inauguró su nueva sede. Está constituido básicamente por una selección de instrumentistas de la Orquesta Sinfónica de la Radio Televisión Española.

CICLO DE STRAVINSKY EN SU CENTENARIO

- Tres conciertos de música instrumental y un recital de canto y piano
- Interpretados por el L.I.M., Angeles Rentería y Jacinto Matute, Víctor Martín y Miguel Zanetti, Josefina Cubeiro y Rogelio Gavilanes

Con ocasión del centenario del nacimiento de Igor Stravinsky, uno de los músicos más influyentes en la evolución de la música del siglo XX y uno de los creadores de la conciencia artística contemporánea, la Fundación Juan March organizó en su sede un ciclo de cuatro conciertos, los días 17 y 24 de febrero y 3 y 10 de marzo, con 10 obras de música instrumental y 15 canciones del compositor ruso. Como ilustración del ciclo la Fundación editó un folleto con una introducción y notas al programa, de Carlos Gómez Amat, textos de las obras cantadas y biografías de los intérpretes, así como una cronología básica de Igor Stravinsky y algunos textos suyos extraídos de *Crónicas de mi vida* y *Nuevas crónicas de mi vida*.

La idea general orientadora del Ciclo Centenario Igor Stravinsky ha sido que, a pesar de su alta significación histórica, lo más sorprendente de Stravinsky sigue siendo su música, modelo de invención creadora y de oficio artesano, tan inspirada como inteligente, con capacidad de comunicación tanto ante el profesional como ante el gran público. Stravinsky, además, en numerosas publicaciones razonó con minuciosa precisión, no sólo sobre su propia obra sino sobre la música en general, la del pasado y la de su tiempo, ayudando así, también con sus escritos, a ordenar las ideas de una época en crisis.

De esta forma se ha aprovechado la ocasión del centenario de su nacimiento para ofrecer algunas de sus músicas y de sus escritos programando obras relativamente infrecuentes. En este sentido se destaca el recital de canto, que abarca desde las canciones de 1908 hasta la última obra del compositor. Sin embargo, tampoco han faltado composiciones absolutamente fundamentales, como *La consagración de la primavera*, *La historia del soldado*, el *Octeto*, o las versiones camerísticas de *Pulcinella* y *El beso del hada*. La finalidad perseguida con este ciclo, al igual que con el homenaje a Béla Bartók o los ciclos de música en torno a Matisse y Mondrian, ha sido facilitar el diálogo con los clásicos del movimiento



moderno, haciendo así más fructífera la valoración del arte de nuestros días.

En el primer concierto, el **Laboratorio de Interpretación Musical (LIM)**, dirigido por **Jesús Villa Rojo**, interpretó *Elegía*, *Tres piezas* (para clarinete), *Historia del soldado*, *Septeto* y *Octeto*. El segundo concierto consistió en un recital de canto y piano a cargo de la soprano **Josefina Cubeiro** y el pianista **Rogelio G. Gavilanes**. En el tercero los pianistas **Angeles Rentería** y **Jacinto Matute** interpretaron *Sonata* y *Concierto para dos pianos* y *La consa-*

gración de la primavera. Finalmente se ofreció la *Suite italiana* y *Diver-timento*, con la actuación del violi-nista **Víctor Martín** y el pianista **Miguel Zanetti**.

STRAVINSKY: VIVO, GERMINADOR Y FECUNDO

En el estudio introductorio al ciclo, publicado en el citado libro-programa, el crítico **Carlos Gómez Amat** aborda la significación de Igor Stravinsky en su centenario, comenzando por la relación personal y artística entre el compositor ruso y Picasso, «esas dos enormes figuras del siglo XX», cuyos nombres aparecen ligados en tantas ocasiones.

Stravinsky y Picasso, con su presencia sorprendente y su acción poderosa, asombraban y hasta escandalizaban al buen burgués, sin que los rechazos de los ingenuos parecieran afectarles. Pero hay más: Picasso y Stravinsky, con sus personalidades extraordinarias, son hombres que en nuestro siglo constituyen por sí solos movimientos técnicos y estéticos. Picasso puede compartir el cubismo con Braque, pero todo lo demás no lo comparte con nadie. Stravinsky sigue su camino independiente; es el gran animador y los demás no hacen sino seguirle de lejos. «Nunca he hecho pruebas ni experimentos», afirmó una vez Picasso. Y tampoco Stravinsky se entretuvo en experimentar, ni siquiera en buscar. Los dos se manifiestan de muy parecida forma cuando quieren decir que no buscaban, simplemente hallaban. En su primera época de los grandes ballets, todavía con influencias folklóricas, en el largo neoclasicismo, en el objetivismo o en el fino acercamiento al serialismo, que a algunos les ha parecido una especie de «conversión», no dejó de ser él mismo, aprovechando para su expresión los elementos de cualquier época y cualquier procedencia que considerase útiles para sus fines. En una especie de digestión estética, asimilaba lo necesario, para presentar siempre al final un producto stravinskyano cien por cien.

Según Gómez Amat, Theodor Adorno parece volver las cosas del revés cuando nos dice que las obras de Stravinsky no están desarrolladas en sí, sucediéndose unas a otras y con ellas las fases estilísticas, sin que haya una evolución propiamente dicha. Adorno quizá no da la importancia debida a la genialidad crea-

dora, al poder de engendrar tantos hijos distintos, y al propio impulso espiritual de la concepción artística. Tampoco a esos elementos de valor superior, como los descubrimientos rítmicos de los que habla Pierre Boulez y el dominio del tiempo. Como dice Gisèle Brelet, el tiempo, en Stravinsky, revela su poder de crear por sí solo la forma musical.

Hace ya muchos años que Stravinsky dejó de ser, para públicos medios, una especie de demonio destructor. Y Stravinsky no quería ser considerado un destructor, ni siquiera un revolucionario: «Se me ha hecho revolucionario a pesar mío (...). Los arrebatos revolucionarios nunca son enteramente espontáneos. Hay gentes hábiles que fabrican revoluciones con premeditación (...). El arte es constructivo por esencia. La revolución implica una ruptura de equilibrio. Quien dice revolución dice caos provisional. Y el arte es lo contrario del caos».

Estaba lejos el creador de negar la existencia de la inspiración, aunque para él la composición fuese función cotidiana. Simplemente, hay que trabajar sin esperar la llegada de la inspiración, «una fuerza motriz que se encuentra en toda actividad humana y que no es del exclusivo monopolio de los artistas».

Tenemos en Stravinsky a un maravilloso artesano, a un trabajador en una materia pura, sin mezclas extrañas: «A la mayor parte de la gente le gusta la música porque espera encontrar en ella emociones tales como la alegría, el dolor, la tristeza... Buscan una droga... La música no valdría gran cosa si se redujera a semejante fin. Cuando las personas hayan aprendido a amar la música por sí misma, su goce será de un orden mucho más elevado y potente». Cuanto más se estima la música en su propio ser, más fácil es librarla de elementos extramusicales. Si Stravinsky temía al arte de la interpretación, no era sólo por la posibilidad del capricho o de la infidelidad al autor, sino por el peligro de desviaciones sentimentales.

Recordamos a Stravinsky en los cien años de su nacimiento, y le vemos vivo, germinador y fecundo. Su obra, varia y unitaria, es uno de los grandes legados que el siglo XX deja a las centurias venideras. Hoy por hoy, es el último gigante espiritual, en el sentido en que lo fueron los más grandes durante el transcurso de la historia del arte sonoro en Occidente.

ELEGIDA LA «TRIBUNA DE JOVENES COMPOSITORES»

Ocho compositores españoles han sido seleccionados dentro de la «Tribuna de Jóvenes Compositores» de la Fundación Juan March, para estrenar otras tantas obras musicales —una por autor— en un concierto público que se celebrará el próximo mes de mayo en el salón de actos de la citada Fundación. Este concierto será el primero de los programados, dentro de esta nueva línea de promoción en el ámbito musical, puesta en marcha por la Fundación Juan March en el presente curso, y a la que pueden optar todos los compositores españoles menores de 30 años, cualquiera que sea su titulación académica, presentando una sola obra no estrenada ni editada anteriormente.

El Comité de Lectura que ha seleccionado a los ocho compositores ha estado integrado por Miguel Angel Coria, Tomás Marco y Antoni Ros Marbá.

Los ocho compositores y obras seleccionadas son los siguientes: **Alfredo Aracil** (*Sonata n.º 2, «Los reflejos»*), **Francisco Manuel Balboa** (*Pequeña cantata profana sobre un fragmento de Leconte de Lisle*), **Benet Casablancas** (*Quartet sense nom*), **Jorge Fernández Guerra** (*Tres noches*), **Pedro Guajardo** (*Anaglyphos*), **Adolfo Núñez** (*Sexteto para siete*), **Miguel Angel Roig-Francolí** (*Concierto en Do*) y **Manuel José Seco de Arpe** (*Piezas musicales para la tarde*).

La inclusión de la obra seleccionada en el concierto conlleva la edición, con carácter no venal, de la partitura en facsímil y su grabación en cinta o casete, hecha ésta última sobre la ejecución realizada en el concierto del mes de mayo próximo. Los derechos de propiedad sobre las obras seleccionadas quedan en poder de los autores. La grabación y la partitura se pondrán a disposición de los mismos compositores, así como de la crítica musical, medios de difusión e instituciones culturales.

Las composiciones de esta Tribuna han de atenerse a una plantilla instrumental o vocal, a elegir por el compositor, entre una voz, piano, violín, viola, violoncello, flauta, clarinete, óboe, fagot, percusión (1 intérprete) y 1 instrumento (o voz).

LOS AUTORES

Alfredo Aracil nació en Madrid en 1954. Licenciado en Historia del Arte por la Universidad Complutense. Desde 1977 colabora en espacios musicales de RNE. Co-fundador, en 1975, del grupo «Glosa». Con su obra *Retablo* obtuvo el Premio Nacional para Editoras Musicales 1980, del Ministerio de Cultura.

Francisco Manuel Balboa nació en La Coruña, en 1958. Colaborador de RNE, ha ejercido la crítica musical en diarios y publicaciones. Autor de obras para piano, conjunto instrumental y orquesta.

Benet Casablancas nació en Sabadell (Barcelona) en 1956. Licenciado en Filosofía pura por la Universidad Autónoma de Barcelona. Fundador y Director durante dos temporadas de la Orquesta de Cámara de Juventudes Musicales de Sabadell. Profesor de Música de EGB, ha estrenado recientemente obras en la Fundación Miró, de Barcelona, y en el Palau de la Música Catalana, y ha colaborado en numerosos montajes teatrales.

Jorge Fernández Guerra nació en Madrid en 1952. Desde 1978 estudia análisis de técnicas contemporáneas con Luis de Pablo, bajo cuya dirección trabaja en orquestación y composición. Ha sido miembro, como músico, de diversos grupos de teatro (TEI, Tábano, CIT) y actualmente lo es del Grupo de Investigación de la Música Medieval «Alfonso X el Sabio».

Pedro Guajardo nació en Madrid en 1960. Profesor de piano titulado por el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid. Ha estudiado también en Darmstadt y en Siena y Hungría, y realizado investigaciones en el Laboratorio de Música Electrónica Phonos, de Barcelona. Como intérprete, ha actuado por diversas ciudades españolas.

Adolfo Núñez nació en Madrid en 1954. Realizó la carrera de guitarra con Jorge Ariza. Ingeniero Industrial titulado por la correspondiente Escuela Técnica de Madrid. Con su obra *Páramo* obtuvo un accésit en el I Concurso Nacional de Composi-

ción para órgano «Cristóbal Halffter», de Ponferrada (1980).

Miguel Angel Roig-Francoli nació en Ibiza en 1953. Su obra *Cinco piezas para orquesta*, de 1980, ha obtenido el Premio del I Concurso Nacional de Composición de JJMM 1981 y ha sido estrenada recientemente por la Orquesta Sinfónica de RTVE.

Manuel José Seco de Arpe nació en Madrid en 1958. Como compositor ha recibido encargos del Grupo KOAN y de la Orquesta Sinfónica de Málaga y estrenado obras en Madrid, Siena y Roma. Premio de Composición «José Miguel Ruiz Morales», de Santiago de Compostela.

En el Teatre Principal, de Palma

«CONCIERTOS PARA JOVENES» EN MALLORCA

■ Han sido organizados por la Consellería de Cultura, con la colaboración de la Fundación

El 6 de abril se clausura en Palma de Mallorca el Ciclo de Conciertos para Jóvenes, que desde el pasado 9 de febrero se vienen celebrando en el Teatre Principal de esa capital, organizados por la Consellería de Educación y Cultura del Consell General Interinsular Balear, con la colaboración de la Fundación Juan March.

Este ciclo está destinado a los alumnos de BUP y Formación Profesional, procedentes de diversos colegios e Institutos de Mallorca, y se ha concebido con un criterio didáctico, para una mayor comprensión y apreciación de la música por ese público juvenil. Con esta finalidad, los 6 conciertos que han integrado este ciclo —programado para los días 9 y 16 de febrero, 2, 16 y 30 de marzo, y 6 de abril— tienen un carácter monográfico, dedi-

cándose a diversos estilos: barroco, clasicismo, romanticismo, nacionalismo e impresionismo.

Los intérpretes que participan en este ciclo de conciertos son el pianista Joan Moll, Ignacio Furió, el Quinteto de Viento de la Ciudad de Palma, el Cuarteto de Cuerdas Bentley y la Orquesta de Cámara Pro-Arte, de Palma. Esta última cerrará el ciclo el 6 de abril con obras de Fux, Vivaldi, Corelli, Mozart, Mendelssohn y Soler.

* * *

Durante este curso, además, se celebran «Conciertos para Jóvenes» en Madrid, en la sede de la Fundación, en la provincia de Córdoba y en Badajoz. En Madrid se ofrecen tres veces por semana recitales de piano, música de cámara y dúo de violín y piano.

«COMUNICACION Y LENGUAJE POETICOS»

■ Conferencias del catedrático y académico
Lázaro Carreter

«Hay que salvar la poesía. Por su enorme valor enriquecedor, de solidaridad y catarsis, es una de las pocas fuerzas espirituales que sobreviven en una sociedad como la actual, en la que todo invita a la deshumanización», afirmó el académico y catedrático de la Universidad Complutense Fernando Lázaro Carreter, dentro del ciclo de conferencias que sobre «Comunicación y lenguaje poéticos» impartió del 2 al 11 de febrero en la Fundación Juan March. Partiendo de la base de que el lenguaje poético es un acto completamente distinto del lenguaje ordinario, por lo que comunica, por la forma en que lo comunica y por el mismo proceso de comunicación emisor-receptor (poeta/autor-lector), el profesor Lázaro ha mostrado, a lo largo de cuatro conferencias, esa «peculiaridad del lenguaje poético, caracterizado por una dimensión fundamental de ficción», así como la dificultad que su percepción y entendimiento conlleva.

Ofrecemos a continuación un amplio extracto del ciclo.

COMUNICACION POETICA Y COMUNICACION PRACTICA

El estudio de los actos de lenguaje se engloba hoy bajo una disciplina denominada Pragmática por Charles Morris. La *Pragmática* estudia la relación de los signos con sus usuarios, es decir, las relaciones de las palabras y oraciones con los hablantes y oyentes. En Pragmática, se denomina «fuerza ilocutiva» de los «actos de lenguaje» a aquella intención con que los emite el hablante. De este modo, hablar es comportarse de acuerdo con reglas sintácticas, semánticas y pragmáticas. Es decir, no manejamos sólo



FERNANDO LAZARO CARRETER nació en Zaragoza en 1923. Tras ejercer la docencia como catedrático en la Universidad de Salamanca durante 22 años, pasó a la Universidad Autónoma de Madrid, donde lo ha sido de Lengua Española y, actualmente, enseña Teoría de la Literatura como catedrático de Gramática General y Crítica Literaria, en la Universidad Complutense. Académico de Número de la Real Academia Española, ha dirigido destacadas colecciones literarias y publicado numerosos trabajos sobre Lingüística, Literatura y Poética.

secuencias lingüísticas bien formadas gramatical y semánticamente, sino que las *enunciamos*, confiriéndoles una fuerza ilocutiva determinada.

Así pues, el estudio del lenguaje de la poesía parece haber encontrado, por fin, un marco teórico adecuado para su desarrollo. De todos es sabido cómo los fundadores de la Lingüística científica, Saussure y Bloomfield, desalojaron explícitamente de su ámbito de estudio la lengua de la literatura. Ambos definen como objetivo de la ciencia lingüística el idioma hablado, el del coloquio. Bloomfield nunca tomó tampoco en consideración el lenguaje literario, porque no comparte los rasgos que son comunes a todos los hablantes. Chomsky, tampoco. Pero nuestro siglo ha conocido importan-

tes incursiones de lingüistas en los dominios del idioma artístico. El primero fue el movimiento iniciado por Croce, centrado e impulsado por Karl Vossler, que dio lugar a la Estilística idealista. Pero su interés resultó ser más psicológico que propiamente lingüístico.

Ha tenido mucha más repercusión en nuestro tiempo la actividad de los formalistas rusos, cuya plenitud se produjo en el primer cuarto de siglo y se prolongó durante el tercer decenio en el Círculo Lingüístico de Praga. Su objetivo era descubrir las causas de la *literariedad*, término acuñado por Jakobson en 1921, es decir, lo que hace que un discurso construido con las palabras que todos usamos se convierta en poesía.

Vemos, pues, cómo la peculiaridad, la rareza del lenguaje poético fue ya explícitamente proclamada por Saussure y Bloomfield; y cómo los formalistas eslavos nadaron contra esta corriente: es la forma la que crea el fondo, la que hace poéticas las representaciones. No es que esté vinculada al lenguaje, como pensaba Hegel, sino que es lenguaje, y por tanto, su elucidación corresponde de pleno derecho a la Lingüística. Y se pusieron a comparar y a oponer el lenguaje de la literatura con el de la conversación corriente. Creo que se comete una incalculable injusticia al no reconocer las grandes aportaciones que aquel grupo de investigadores eslavos hizo para conocer mejor los mecanismos de la forma poética. Para mí, las objeciones mayores que pueden oponerse al formalismo son, por un lado, la evacuación del contenido, en la investigación del lenguaje poético; y por otro, el enfrentar lenguaje poético y lenguaje práctico como si fueran términos comparables, sin ningún tipo de precaución. Pienso que el idioma artístico no se opone al estándar frontal, brutalmente. Es el poema lírico, como signo total que desempeña una función comunicativa, el que se opone a los actos de lenguaje normales en la comunicación no artística. Los problemas que el idioma —la forma y el fondo— del poema plantea, se enmarcan, en sus características, como fenómeno de *enunciación* muy peculiar.

La comunicación ordinaria se realiza en el seno de ciertos *entornos* que sucintamente son las circunstancias y cosas que hablante y oyente saben y comparten. Estos entornos extralingüísticos, no expresados por el lenguaje, poseen una importancia

capital en la comunicación práctica. Sin que haya un fondo implícito que el hablante supone ser conocido también por su interlocutor, no hay comunicación posible.

Veamos ahora qué acto de lenguaje es el poema en su totalidad. Suzanne Langer, siete años antes de que Austin formulara su teoría de los «actos de lenguaje», y 16 años antes de que Ohman llamara a los actos de lenguaje poéticos *casi-actos*, anticipaba cosas muy parecidas: a diferencia de lo que ocurre en la comunicación práctica, donde las emociones se expresan *directamente* con las palabras, en la comunicación poética no se produce una manifestación de las emociones actuales del artista, sino que se *reproducen*. Esas emociones han sido sometidas a una elaboración, al conocimiento que el escritor tiene de la emoción. Una postulación razonable es la de Levin: el poema pertenece a la estirpe de los actos lingüísticos que producen el vidente, el vate, el profeta, la sibila, es decir, la clase de actos que se admiten como propios de personas dotadas de poderes sobrenaturales.

Hemos visto, muy someramente, por dónde han ido las especulaciones sobre la comunicación poética en nuestro siglo. La concepción formalista está cediendo en los últimos años a favor de la idea de que la comunicación poética constituye una institución pragmáticamente autónoma, y que se realiza con actos de lenguaje que nada, o muy poco, tienen que ver con los actos de lenguaje que realizamos al hablar o al escribir sin arte. Las funciones que en el hecho comunicativo poético existen, principalmente la de emisor (o poeta), de receptor (o lector u oyente) y la de código (o lenguaje poético) son radicalmente diversas.

EL POETA Y EL LECTOR

Son condiciones esenciales de la comunicación ordinaria que el hablante desee informar, preguntar, mandar, etc., y que el oyente interprete lo que se dice como tal información, pregunta, mandato, etc. Y también que el *yo* que enuncia sea inequívocamente identificable con el *yo* que habla. ¿Ocurre lo mismo en la comunicación lírica? En la medida en que nos sumergimos en un mundo imaginario, no estamos obligados a interpretar las experiencias que de ese mundo se nos cuenta como verdaderamente sucedidas. Ocurre, sen-

cillamente, que no es el *autor* quien afirma eso, sino el *poeta*. El autor es la persona que escribe; el poeta o el lírico es, en cambio, su «alter ego», ese otro *yo* a quien el autor confía la misión de escribir. Y yo (lector) también he de experimentar una transformación: he de cambiarme en *lector*. El lector no es, pues, el *receptor* de la comunicación ordinaria.

Autor-poeta: no se trata de una disociación, sino de una delegación que la mujer o el hombre que escriben hacen en el artista que son. La obra de arte no ha de identifi-

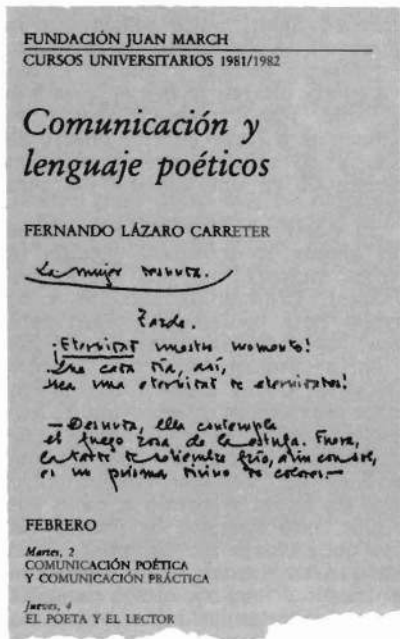
que dice) sea verdadero o falso; es decir, que las oraciones, proposiciones de que consta el poema no necesitan ser verificables en el mundo real, aunque sí lo es el significado general del poema, que podemos llamar *Q*. Por ello, el significado trascendente del poema hay que buscarlo en *Q*, en su intención extratextual. Todo esto hace pensar que el responsable de esa intención extratextual es el *autor* y que el responsable de *P*, es decir, de las estrategias mentales y verbales en que consiste el texto, es el *poeta*, el «alter ego» del autor. El único acto pleno de lenguaje es el poema entero, el texto en su totalidad; no lo son sus estructuras oracionales.

Hay que definir, además, la fuerza ilocutiva del poema, hay que saber qué quiere el poeta cuando lo escribe. Y esa fuerza, creemos, consiste en un deseo invasor de la personalidad del lector que el lírico experimenta; un intento de atracción, que empuja al lector a ponerse en el lugar del poeta, a ser uno con él. Esta es, según creo, la fuerza ilocutiva de la poesía: el deseo de desplazar la personalidad del *tú* hacia el *yo* lírico.

La lírica consiste, no tanto en la manifestación de la subjetividad del poeta, como en el encuentro de dos subjetividades; y aún mejor, en la posesión de la una por la otra. Las demás formas de comunicación no exigen tanto. Dámaso Alonso decía que el poema «es un nexo entre dos misterios: el del poeta y el del lector». Para ello es preciso que la enunciación experimente importantes alteraciones. En la comunicación poética, los deicticos están totalmente absueltos de sus funciones pragmáticas esenciales.

La correlación de personalidad propia de los pronombres *yo* y *tú* queda derogada, suspendida, ya que su lugar puede ser ocupado tanto por personas como por no-personas. Al trastocarse tan profundamente ese par de deicticos, los demás que se apoyan en ellos (el *aquí*, el *ahora*) quedan igualmente flotantes. El «ahora» del poema no se sitúa en un flujo temporal determinado: por ello el poema puede ser actualizado en cualquier presente.

La ya referida atracción del lector al lugar del poeta no se produce con facilidad. No puede ser cualquiera el lector de cualquier poeta. Esto lo sabe el lírico, que tiene que escribir con destino a receptores apropiados, los cuales tal vez exis-



carse con su autor, aún cuando parezca expresar directamente sus propios sentimientos. Esto es algo a lo que la crítica literaria no presta atención cuando, precipitadamente, atribuye al autor, al hombre, peculiaridades y caracteres que sólo pertenecen al artista.

Esta distinción entre autor y poeta parece importante para entender cuánto y cómo se diferencia de los demás hablantes el sujeto de la comunicación lírica. Cuando el oyente, en el discurso no poético, identifica al *yo* enunciador, interpreta lo que dice como un propósito sincero de informar, preguntar, advertir, etc. ¿Qué ocurre, en cambio, en el poema, donde quien habla es el *yo* lírico interpuesto, el cual está exento del imperativo de veracidad? A efectos artísticos es indiferente que *P* (lo

ten ya, pero que si no existen, ha de crearlos. Este es un rasgo muy interesante de la comunicación literaria. Se piensa que el artista crea confiando, sobre todo, en el juicio de la posteridad, que no le importa una acogida más o menos próxima. Es falso. Todo literato crea para sus contemporáneos.

Pero, ¿a qué oyente, a qué lectores se dirige? El ha escrito, lo confiese o no, pensando en alguien. Este problema de cómo el escritor construye al lector y escribe para él y, en cierta medida, se siente condicionado por él, está hoy muy vivo en la teoría de la literatura, sobre todo en la de la novela; pero apenas se ha abordado en la lírica. El lector en quien piensa Bécquer no es el mismo que en el que lo hace Núñez de Arce.

Pero esta idea de lucha para lograr que el lector corresponda al lírico es bien extraña y aporta otro elemento diferenciador de la comunicación poética. En otras formas de comunicación, el emisor y el receptor hacen lo posible para que ésta se logre. Eso no es habitual en grandes zonas de la lírica. San Juan de la Cruz, Góngora, por ejemplo, no cooperaban, ni lo hacen tampoco muchos de los contemporáneos, para que el lector les entienda con facilidad. Y es que el autor no puede ceder mucho para ser entendido, porque sabe que, si otorga demasiado, sus propósitos estéticos no quedan a salvo. De esta pugna y esfuerzo, resulta que el lector es también co-autor del poema. Un hecho muy peculiar de la literatura es también que la comunicación entre emisor y receptor se realiza a través de mediadores. Y ese elemento intercalado no es otro que la literatura como institución, que tiene una manifestación formidable, la crítica.

EL LENGUAJE POETICO COMO LENGUAJE ABSOLUTO

¿Son diferentes la lengua común y la lengua de la poesía porque los elementos de ésta se utilizan de otro modo, o porque poseen otra naturaleza? En la tradición aristotélica la lengua literaria resultaría de un tratamiento que recibe el lenguaje ordinario mediante adornos o *figuras*. Frente a esta postura, ya periclitada, otra muy difundida, que se identifica con el formalismo ruso, explica el idioma poético como producto de *desvíos* o usos especiales respecto de

la norma general. En cualquier caso, tanto la teoría de las figuras como la de los desvíos hacen depender la lengua poética de la lengua común: serían las figuras o los desvíos (que pueden ser, a su vez, figuras), los que la harían «distinta».

Otra hipótesis quiere romper esos vínculos entre lengua ordinaria y lengua artística, dotando a esta última de plena autonomía. Cabe poner a la cabeza de esta tendencia a Charles Bally, quien habla de lengua literaria, en general, como un fenómeno aparte. Bally se sitúa en las antípodas de otro lingüista no menos eminente: el norteamericano Edward Sapir, quien señala que la literatura es un reflejo de la lengua en que se escribe y que el artista va conducido por lo que el idioma le permite. Voy a tratar de ofrecer argumentos a favor de esta última tesis, y de esbozar una explicación acerca de en qué consiste esa otra lengua.

El poeta es un hombre que sabe su idioma en la misma medida (a veces, mayor) que los demás hablantes. Dispone de palabras y de reglas para combinarlas. Pero para esa inmersión en el mundo de ficción, el lenguaje de todos los días no sirve. Como primera conclusión, muy provisional, diremos que el lenguaje poético es un lenguaje que aprovecha, en gran medida, los materiales del lenguaje común, pero que no queda sometido a todas sus reglas, está liberado de muchas de las obligaciones del estándar. Pero lo que caracteriza a la utilización poética del lenguaje no es tanto la transgresión de las reglas como esa posibilidad de transgresión. Cabe preguntarse: ¿puede imaginarse una gramática capaz de predecir todas las oraciones posibles en poesía? La lengua de la poesía es imprevisible. Y si la gramática de la poesía resulta imposible, ¿no tendremos razón en afirmar que el idioma de la poesía no es una lengua?

Claro que se puede argüir que bastaría con prescindir del concepto lingüístico de *lengua*, solidario del de *gramática*, y hablar, como siempre se ha hecho, de *lenguaje poético*, designando con ello el uso especial de la lengua que hacen los poetas. «No hay más que lenguaje de poema (...). Lenguaje poético, no. Pero sí lenguaje de poema», afirma Jorge Guillén. Mi coincidencia con estas palabras es absoluta. No hay lenguaje de *la* poesía, si hay lenguaje de *las* poesías. En la lírica actúa

ENTENDIMIENTO DEL POEMA

de modo esencial el lenguaje del lírico, su manera individual de conocer la lengua, que podemos llamar lenguaje absoluto.

Mi saber del idioma no coincide con el de los demás; nuestras *competencias* lingüísticas son diferentes y, sin embargo, nos entendemos, y es porque usamos sólo aquellas porciones de la lengua española que compartimos. Pues bien: el lírico, cuando escribe poesía lo que hace es no renunciar a su posesión, a su conocimiento y sentimiento individual del idioma. Si en su lenguaje absoluto —el que no comparte con los demás— las risas son *esbeltas*, lo dice. Este es el lenguaje de la poesía: el de la no renunciación. En poesía, los vocablos aparecen con *connotaciones*, algunas de las cuales son compartidas por todos los hablantes, pero hay otras que son estrictamente individuales del lírico, forman parte de su lenguaje absoluto.

Pero no supongamos que ese idioma individual del lírico no sufre constricciones. Es libre, o bastante libre, con relación al estándar; pero está condicionado por sí mismo. La lengua del texto puede dominar al poeta. En el texto poético, las palabras reaccionan entre sí y contraen ciertas relaciones intratextuales que difícilmente se hallan en otras formas de discurso. Es fácil observar esa fuerza intratextual en las rimas, donde ciertas palabras llegan al poema atraídas por otras que ya están o que quieren aparecer.

Pero es en el plano fónico donde hallamos los impulsos últimos en la construcción del lenguaje del poema. Me refiero concretamente al ritmo. Es tan potente la acción rítmica que puede preceder incluso al tema y hasta a la simple intención de escribir. El ritmo exige acentos en ciertas sílabas; el hallazgo de esa sílaba obliga a buscar palabras en que esté, y el poeta descubre, a veces, lo que no pensaba. Su rapidez o lentitud marcan el tono del verso. Actúa también sobre el orden de palabras. El lírico siente los ritmos como la parte más importante de su lenguaje absoluto.

Así pues, no existe una entidad socializada que podamos llamar *lengua poética* que sirva a todos los poetas para cifrar sus versos de modo análogo a como la entidad *lengua española*, por ejemplo, nos permite a todos los hablantes cifrar nuestros mensajes. Entonces, ¿cómo podemos *entender* a quien ha renunciado a hablar como nosotros?

Si la lengua poética estuviera codificada dentro de cada literatura y para cada uno de sus períodos, podríamos aprenderla, y resultaría fácil la lectura lírica a quien la intentase. Podríamos enseñar también ese idioma en las clases de literatura, de modo más o menos análogo a como se enseñan las lenguas extranjeras. Pero la experiencia nos dice que el haber comprendido un poema de un autor no nos garantiza que podamos comprender los demás del mismo libro; y es esta experiencia la que corrobora la condición de que no existe una lengua poética, sino la lengua de cada poema. Y esto conduce a la consecuencia de que la poesía, o al menos, una gran parte de ella, es difícil de entender.

En la poesía, el lenguaje es un instrumento para descubrir; lo ya descubierto sirve de base para avanzar, para llegar a otras formas de expresión. Si a la ciencia se le permite, mejor, se le exige, que progrese, y aceptamos que llegue a hacérsenos incomprensible a los profanos, ¿en nombre de qué puede negársele esa licitud al arte? Las connotaciones del poeta, decíamos, generan imágenes. Es evidente que, mientras unas imágenes del poema son perfectamente reconstruibles por nosotros, otras no lo son. En el primer caso, entender el poema consiste en trazar en nuestra mente la senda que ha recorrido el lírico, y seguirla, hasta desembocar en la imagen que, a todos los efectos, nos parecerá haberla construido juntamente con él. En el segundo caso, si se agota toda nuestra capacidad para reconstruirlas, entender el poema es otra cosa, como vamos a ver.

Lo que yo he vivido, lo que yo sé del mundo, parece no tener nada que ver con lo que ha vivido el poeta y con lo que él sabe del mundo. Entender ya no puede consistir, como antes, en descifrar punto por punto el mensaje. No tengo más remedio que aportar yo el sentido que los versos no me aportan. Una vez que he apurado todas las posibilidades de reedificar el significado, se trata de que la interpretación que doy a la incógnita se incorpore sin violencia a la corriente semántica que venía con el texto hasta llegar a ese punto difícil.

Pero, ¿quién me garantiza a mí que el entendimiento que voy extra-

yendo de este poema, de cualquier poema, es el «verdadero»? Nadie; ni el mismo poeta, no sólo porque de ordinario no lo tenemos a mano para consultarle; aunque lo tengamos, él ha dicho lo que tenía que decir al escribir sus versos, y ha concluido al concluirlos. Al lector le corresponde hacer el resto. Pero ni el paso del tiempo ni las diversas lecturas cambian el *significado* del poema, el que le dio el autor; lo que cambia es su *sentido*, esto es, el valor actual que el texto adquiere para quien lo lee, y que es distinto para cada lector y para cada época. Pues bien, yo pienso que una buena lectura es la que intenta acercar el *sentido* al *significado*, aproximar lo que yo entiendo a lo que quiso dar a entender el poeta.

La experiencia fundamental es la que sugiere el poeta en el poema. Esta es la que tengo que reproducir en mí si quiero de veras entrar en comunión con el lírico. Las otras, las mías, me sirven de base para ir por el mundo, pero no bastan para hacerme lector. Si consigo cambiarlas en algo muy cercano a la experiencia del poeta, reedificando sus imágenes, habré desentrañado el *significado* del texto; si no lo he logrado, pero he acertado en dotar de una significación a aquellos significantes, habré proporcionado un *sentido* al texto. Y como se lo atribuiré también al escritor, resulta que el poema es de los dos. La más importante imagen de cuantas constituyen un poema es el lector, ese co-autor fictivo que lo ha escrito al leerlo. Me interesa recalcar esta idea: si mis experiencias fueran exactamente iguales a las del poeta, el efecto artístico no se produciría. Porque el poeta no me descubriría nada. Las experiencias que han de proporcionarme el poema han de ser nuevas para mí, mostrarme facetas ignoradas, han de *sorprenderme*. El resultado estético se produce cuando hago mías aquellas experiencias, las incorporo a mí con la lectura.

Dados todos estos supuestos, parece natural que los entendimientos de un poema puedan ser teóricamente tantos como personas lo leen. Esa disparidad es completamente normal en la comunicación artística. La poesía es, pues, una operación difícil. Necesitamos una preparación para leer la lírica. El lector de poesía debe prepararse o ser preparado por la instrucción escolar. Pero, ¿puede enseñarse a entender la poesía?

Son accesibles, sin esfuerzos extraordinarios, el código estético de la lírica del amor cortés, el del Renacimiento garcilasista, el neoclásico, el romántico, el realista..., siglos enteros de poesía española, dentro de los cuales los líricos delimitan el ámbito de sus imágenes y aceptan unas normas temáticas y lingüísticas que pueden ser definidas y, por tanto, aprendidas. El lector que se ha familiarizado con tales estéticas puede leer fácilmente a grandes poetas de nuestro patrimonio lírico. Pero con esas estéticas alternan las de la *oposición*: aquéllas en que el artista opone su propia decisión original, que él considera más auténtica. Las dificultades mayores se encuentran, obvio es decirlo, en la época contemporánea. La comprensión profunda de una sola poesía exige normalmente la previa lectura, como mínimo, de todo el libro. Un texto puede proyectar luz sobre otro posterior. Hay que intimar con el poeta para entender sus poemas.

En la enseñanza de la poesía habría que agilizar la imaginación de los alumnos controladamente. Creo que una larga tradición pedagógica ha sacralizado en exceso al poeta y ha convertido al poema en un objeto misterioso, casi intangible. La hieratización de la poesía es en buena parte culpable de esas actitudes estupefactas. Interpone un muro, que en vano intenta abatirse desde la escuela hasta la Universidad. Pero si miramos las cosas de cerca, caeremos en la cuenta de que es el sistema docente el responsable de su propia impotencia. Se trataría de romper la separación institucional entre esos dos protagonistas de la comunicación literaria. Nadie piense que una reforma pedagógica tendría por efecto forjar poetas. Los poetas nacen. Lo que habría que intentar es convertir la relación que ahora suele tenerse con la poesía, que es una *relación cultural*, en una *relación de experiencia*.

¿Vale la pena tanto esfuerzo? Los que hemos hecho algunos progresos como lectores, sabemos que la empresa de la lírica es extraordinariamente remunerativa. La poesía impide ser más inhumano. En unos casos, permite descubrir lo que, estando en nosotros, ignorábamos. En otros, es una incitación a vivir experiencias nuevas y más valiosas que las nuestras. Pero para sentirla actuante en nosotros, hemos de vencer su lenguaje.

«MADRID, VILLA Y CORTE»

■ Antonio López Gómez analiza su desarrollo desde 1860 hasta hoy

«Las expectativas de que el anillo periférico de Madrid llegaría a ser tan importante como el núcleo urbano (hoy rebasa ampliamente el millón de habitantes frente a los 3.200.000 de la urbe), han sido cortadas por la crisis económica y otros factores. El crecimiento de Madrid se ha aminorado y desde 1975 su población se ha mantenido prácticamente estable». Así ve el estado actual del desarrollo urbano de Madrid Antonio López Gómez, catedrático de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid, quien impartió en la Fundación, del 16 al 25 de febrero pasado, un ciclo de conferencias dedicado a «Madrid, villa y corte».

El profesor López Gómez abordó los aspectos fundamentales que desde el punto de vista geográfico presentaba Madrid desde 1860 hasta la guerra civil, para analizar después los grandes cambios demográficos modernos de los últimos sesenta años y la evolución urbana tanto en el núcleo de la capital como en la periferia, subrayando el papel que en ese desarrollo han jugado los transportes. Antonio López Gómez está especializado en temas de geografía urbana madrileña y valenciana, sobre los que ha publicado numerosos estudios, entre ellos el titulado «Los transportes públicos y el desarrollo de Madrid», que realizó con ayuda de la Fundación Juan March.

Ofrecemos a continuación un resumen del ciclo.

LA EXPANSION DE MADRID DE 1860 A 1936

El llamado Plan de Castro, de 1860, fue fundamental para el trazado de lo que ha dado en llamarse el Ensanche, limitado, aproximadamente, por Raimundo Fernández Villaverde, Joaquín Costa, Francisco Silvela y Doctor Esquerdo. El trazado del Ensanche, realizado en for-



ANTONIO LOPEZ GOMEZ es catedrático numerario y director del Departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid. Premio «Cerdá Reig» de Investigación, dirige el Instituto «Juan Sebastián Elcano» de Geografía del C.S.I.C., es Vicepresidente de la Real Sociedad Geográfica y miembro de la Comisión Coordinadora de la colección «Tierras de España», coeditada por la Fundación Juan March y Noguer.

ma cuadrículada, fue, en su momento, criticado y alabado por los autores de la época. Hoy en día, podemos reconocer que el trazado de esa parte de la ciudad fue básico en el desarrollo de Madrid, porque es el que define unos barrios que aún en nuestros días poseen una amplitud suficiente que ha permitido solucionar prácticamente los problemas de circulación.

Pero al mismo tiempo que se desarrollaba el Ensanche, se planteaban otros problemas. Uno de ellos es que desde ese trazado y hasta el límite del Municipio de Madrid no existe ningún plan, por lo que la expansión de esas zonas será anárquica, como ocurrió con Ventas, Prosperidad y La Guindalera. Y, sobre todo, y lo que es muy importante para la época, es que en los caminos radiales surgen los barrios periféricos o arrabales, que van adquiriendo cada vez mayor influencia.

En el Norte, Tetuán; en el Este, Ventas; en el Suroeste, el Puente de Vallecas; y en el Oeste, los Carabancheles.

Estos barrios, pertenecientes a los Municipios del contorno de Madrid, en la práctica son una prolongación de la ciudad, aunque las cabezas de los municipios a que pertenecen se conservan como pueblos. Por el contrario, los otros pueblos externos, que hoy en día han alcanzado un desarrollo colosal, no tuvieron, en relación con el entorno de Madrid, ninguna importancia.

Ya en los comienzos del siglo XX se mantiene muy activa la construcción de viviendas en el Ensanche, que se va urbanizando lentamente, así como el desarrollo extraordinario de los arrabales. Mientras tanto, el centro de la ciudad empieza a paralizarse, no crece la población e incluso disminuye, comenzando la invasión de los comercios y oficinas.

En esa época surgen las primeras preocupaciones sobre la expansión de Madrid. Así en 1929 el Ayuntamiento convoca un concurso internacional, del que saldrá un proyecto de Zuazo, en colaboración con el alemán Jansen, consistente en prolongar la Castellana. También empieza a sentirse la necesidad de establecer caminos de circunvalación y ordenar ese crecimiento que han tenido, fuera del Municipio, los barrios periféricos.

Asimismo, se pone en marcha, con la Monarquía, la transformación del antiguo Sitio Real de la Moncloa en Ciudad Universitaria. Con la República, las obras de la Ciudad Universitaria se aceleran y, además, con Indalecio Prieto se inicia lo que hasta el momento había sido sólo un proyecto, las obras de la Castellana, que quedarán paralizadas con el comienzo de la guerra civil, al igual que un plan que pretendía reforzar los accesos a Madrid.

En este periodo de tiempo hay que destacar dos hechos importantes que facilitan el desarrollo de Madrid, aunque no lo provoquen. El primero viene marcado por la electrificación del tranvía, hacia 1900, agilizando la posibilidad de movimiento; y, en segundo lugar, nos encontramos con la creación del Metro, en 1919. Este medio de transporte llegó a los barrios periféricos, favoreciendo enormemente el desplazamiento al lugar de trabajo y po-

sibilitando aún más la expansión de las zonas que contaban con este medio de transporte.

LOS CAMBIOS DEMOGRAFICOS MODERNOS

Veamos ahora la evolución demográfica de Madrid durante los últimos sesenta años, aproximadamente. A partir de los años veinte tiene lugar una gran concentración de población que va a configurar la base del Madrid actual. En este desarrollo se distinguen tres etapas principales. La primera abarca los años 1920-1950. Hacia el momento de la primera guerra mundial se inicia lo que va a ser el desarrollo industrial moderno: un crecimiento acelerado de las actividades terciarias y una expansión de las mercantiles; expansión que terminará hacia 1950. La nueva división de distritos, aprobada en 1955, aunque ya usada en 1950, constituye una fuente muy importante para el estudio de la división de la población. Además, entre 1948 y 1954 se van anexionando al entorno urbano municipios del contorno y, así, a partir de los años cincuenta se va a producir un cambio importante que influirá en el desarrollo periférico de las décadas sucesivas.

En 1948-49 desaparece el tranvía de la Puerta del Sol y más tarde irá desapareciendo también del centro, siendo sustituido por autobuses. En ese mismo año de 1948 se reinstaura la primera línea de autobuses que había desaparecido en 1936, al estallar la guerra. Por entonces también se municipaliza la empresa de tranvías. En 1949 se hace la primera línea de trolebuses de Vallecas y se instauro pronto una red de trolebuses para unir a Vallecas con el centro. En 1951 cesa la expansión del Metro: se hace la última línea, la de Legazpi.

En resumen, estamos en un momento clave en el desarrollo demográfico de Madrid al llegar a los años cincuenta. De 1920 a 1950 se había producido un crecimiento espacial muy notable, relacionado con el demográfico, debido a la acelerada inmigración, en contraste con una emigración reducida y que disminuye entre 1930 y 1940, a causa de la crisis económica y de la guerra. De 1940 a 1950 la emigración aumentará nuevamente. Pero, en general, tenemos en esa primera etapa

un balance de inmigración positivo: 24.000 personas en los años 1921-1930; 17.000, de 1930 a 1940 (por la crisis y la guerra); y sube a 23.000, de 1940 a 1950. También es muy rápido el crecimiento vegetativo, debido a la rápida disminución de la mortalidad. Hacia 1920 la natalidad es de un 25 por 1.000; hacia 1935, de un 22 por 1.000; y del 17,5 por 1.000 en 1950.

De este modo, en 1920 hay 750.000 habitantes y en 1948, 1.230.000 (es decir, que ha aumentado la población en cerca del 2 por 100 anual). Y en el contorno tenemos 90.000 habitantes en 1920 y 315.000 en 1948 (el 30 por 100 del total); es decir, se ha dado un ritmo de crecimiento

ritmo de más del 3 por 100 anual, mucho más que en la primera etapa. Este crecimiento se debe a la inmigración, cuyo máximo auge tiene lugar en 1964. En esa fecha la población crece en un 17 por 1.000. A partir de entonces será la emigración la que empiece a aumentar y la inmigración disminuirá.

1950-1970: AUMENTO DEMOGRAFICO

Esa emigración es una emigración-dormitorio: se sigue trabajando en Madrid, aunque se viva en los pueblos de los alrededores. Estos cambios van acompañados de otros que vienen dados por el balance natural de la natalidad-mortalidad. De 1950 a 1970 se produce un aumento progresivo de la natalidad (los inmigrantes son, en su mayoría, matrimonios jóvenes). A fines de la década del sesenta, se producen dos hechos nuevos: el control de la natalidad y la disminución en el número de matrimonios, con lo que se llega a 1970 con un descenso de la natalidad del 21 por 1.000. También desciende lentamente la mortalidad: del 9 por 1.000 en 1950 se pasa al 7 por 1.000 en 1970. En resumen, en esta segunda etapa, de 1950 a 1970, se ve cómo el aumento de población se debe, sobre todo, a la inmigración en unos años, y cómo en otros la causa es el aumento de la natalidad. En conjunto, la población se duplica. Y como la periferia crece a mayor ritmo, su peso será cada vez mayor, en tanto que desciende la población en el centro y en el Ensanche. Por el Sur, el crecimiento va a ser notable, y así se va a llegar en 1970 a una nueva simetría de Madrid, con la población dividida casi en dos mitades, y con la Castellana como eje de simetría. Hay que subrayar que en estas décadas va haciéndose más acuciante la disociación entre el lugar de empleo y el de vivienda, que además de los muchos problemas de desarraigo del núcleo urbano que ello conlleva, constituye el meollo de los transportes.

La tercera etapa abarca 1970-1980. Entre 1970 y 1975, Madrid crece ligeramente: de 3.150.000 habitantes pasará a 3.200.000 en 1975-80 y se estanca. El saldo migratorio, a partir de 1970 es claramente negativo; el

FUNDACIÓN JUAN MARCH
CURSOS UNIVERSITARIOS 1981/1982

Madrid, villa y corte

ANTONIO LÓPEZ GÓMEZ



FEBRERO

Martes, 16
EL DESARROLLO URBANO (1860-1936)

Jueves, 19
LOS CAMBIOS DEMOGRÁFICOS MODERNOS

del 4,5 por 100 anual, frente al 2 por 100 de Madrid. Naturalmente dentro de este notable crecimiento hay diferencias según los barrios: los espacios próximos al sur —barrios populares— apenas disminuyen; y por el Norte el crecimiento es aún más importante, así como en el Nordeste (Barrio de Salamanca), donde casi se duplica la población, a un ritmo del 2 al 3 por 100 anual.

La segunda etapa —1950-1970— se cierra con una drástica disminución de la inmigración. Durante esos veinte años la población crece a un

crecimiento natural —la natalidad— está en la década del 70 al 80 en franco descenso; y la mortalidad se mantiene estable, en el 6 a 7 por 100. El crecimiento demográfico de Madrid, en su totalidad, se paraliza.

EVOLUCION URBANA: EL «BOOM» DE LA CONSTRUCCION

Una vez que hemos analizado el desarrollo demográfico, veamos ahora la evolución urbana a partir de los años cincuenta. Lo decisivo en este aspecto viene dado por el desarrollo de los barrios de los alrededores ya incorporados a Madrid. Este desarrollo presenta dos aspectos: por un lado, esa periferia crece de forma tentacular a lo largo de los antiguos caminos; y por otro, surgen entre las carreteras una serie de núcleos de rápida expansión, con medios de comunicación deficientes y una planificación inadecuada, que va a dar lugar a la creación de conjuntos totalmente anárquicos. Un fenómeno que empieza a cobrar fuerza en 1950 es el chabolismo. En ese año hay en Madrid unas 50.000 chabolas; y se produce la expansión de éstas por los barrios marginales dando lugar, además, a una serie de poblados que empiezan a surgir en el Este y Sur de la ciudad, en la periferia.

En 1961 se crea un Plan de Ordenamiento de Madrid y sus alrededores (aunque se aprueba en 1963) y la promoción oficial de la construcción empieza a ceder el paso a la iniciativa privada. Son los años del despegue económico, en que el Estado mantiene la gestión del crecimiento; es la época del auge de los llamados Polígonos de iniciativa privada. Se intenta la construcción de UVAS, barrios de casas prefabricadas; se trazan nuevos barrios, como el gran Moratalaz, el Pilar, los barrios «residenciales» en espacios verdes (Parque de las Avenidas). A fines de los sesenta comienza una rapidísima ascensión de los pueblos del área suburbana.

Cuando al iniciarse los setenta viene la crisis económica, empieza a aminorarse la fiebre constructora. En el centro y en el Ensanche se hacen transformaciones, casi siempre con un cambio de uso del edificio demolido. Así ocurre, por ejemplo, con la Plaza de Colón, que sufrirá

un cambio total, o con la Castellana, en la que los palacetes, que tanto empaque decimonónico daban a esta avenida, van a ser sustituidos por grandes edificios de cristal o metal. El paso elevado que se construye en ella contribuirá aún más a su cambio de aspecto. De una antigua avenida de prestigio, la Castellana se ha convertido en una calle terciarizada, con enormes edificios comerciales.

El gran desarrollo de nuevos almacenes y Bancos en los cruces de calles importantes (Princesa-Alberto Aguilera; Sol-Gran Vía; Alcalá-San Jerónimo, etc.), son otros factores que muestran cómo la expansión se realizó con una gran heterogeneidad y desorden en las construcciones. En el NO coexistirán los espacios verdes de Puerta de Hierro (de la clase alta o media alta), con las aglomeraciones de bloques del barrio del Pilar. En el Norte, Fuencarral, cuyo enlace con el núcleo urbano es dificultado por la red de ferrocarril y de autopistas, ha podido mantener más su fisonomía antigua. En el NE. se dan también enormes transformaciones: un barrio de casitas unifamiliares, en la Ciudad Lineal, se ha convertido hoy en un conjunto de bloques. El Este es el caso de mayor expansión. Y el máximo desconcierto se alcanza al otro lado del Manzanares: un conjunto caótico que engloba, por un lado, a los Carabanchales, y a Villaverde, por otro.

EL PROBLEMA DE LOS TRANSPORTES

En este desarrollo de la ciudad los transportes han influido de un modo decisivo. Ya dijimos que en 1949 desapareció el tranvía del centro y en 1972 lo hará de la periferia. Este fue, en mi opinión, un gran error, pues por entonces ya se podía prever el grave problema de la contaminación para una ciudad como Madrid. Gran error fue también la brusca supresión de la red de trolebuses, en 1966. Todo el transporte de superficie queda encomendado a partir de entonces al autobús.

En cuanto al Metro, se prolongaron las líneas 1, 2 y 4 y se creó una nueva red radial y una semicircular. Todo ello resultaba muy costoso. Hoy se patentiza un gran descenso en la utilización del Metro. En 1981 la cifra de usuarios apenas

rebasa los 400 millones por año. Quizá puedan considerarse como causas los cambios laborales que no permiten ya a los trabajadores regresar a comer a sus hogares, además del paro y la crisis económica, por no mencionar otros motivos como el rechazo que producen las enormes profundidades de las nuevas estaciones y líneas.

A la vez que desciende el uso del Metro, el autobús, a partir de los setenta, se mantiene estabilizado. El carril-bus permite mantener sus ventajas comerciales. De hecho las cifras de usuarios superan ya a las del Metro (470 millones de viajeros al año). Queda el tráfico-automóvil (un 25 por 100 usa el coche particular), que adquiere un extraordinario auge a partir de los sesenta. Pero este aumento ha generado gravísimos problemas de circulación. Si no fuera por los escaléctrics, el colapso habría llegado a ser total. Los estacionamientos subterráneos no solucionan nada, pues se saturan rápidamente en las horas laborables.

En cuanto a la ORA, que le resulta muy deficitaria al Ayuntamiento, no cabe duda que ha conseguido una disminución del tráfico y una mayor fluidez, pero no ha repercutido apenas en los transportes públicos, como cabía esperar. Y es que Madrid es una ciudad excesivamente centralizada. Sin una política enérgica de descentralización de las actividades terciarias no se lograrán soluciones eficaces a todos los problemas del tráfico.

LA EXPLOSION DE LA AUREOLA SUBURBANA

Queda hacer unas consideraciones someras y muy rápidas sobre lo que ha sido el desarrollo explosivo de los pequeños pueblos que rodean Madrid, dando lugar a toda una aureola suburbana que forma como una corona extraordinariamente desarrollada. En realidad todos estos pueblos no pueden separarse de Madrid, forman un conjunto con la ciudad; aunque sí hay que distinguir entre algunos núcleos de antiguos municipios, cuya transformación ha sido más lenta y que aún conservan algo de su antigua fisonomía semirural, y otros que la han perdido prácticamente y han quedado englobados en la periferia madrileña (Ca-

nillas, Hortaleza, los Carabancheles, Canillejas). Hay núcleos, como Vallecas y Vicálvaro, que han crecido notablemente y a un ritmo muy rápido, oscilando entre los 25 y 50.000 habitantes.

La verdadera aureola suburbana la constituyen los pueblos del contorno, de muy pocos habitantes, que han crecido en los últimos 30 años a un ritmo inusitado. Alcorcón ha multiplicado su población por 100. Ese rápido crecimiento se ha debido, como hemos señalado antes, a una inmigración acelerada que culmina en 1964 ó 1965 y se mantiene desde comienzos de los 70; inmigración que procede principalmente de Madrid o de otros puntos de Castilla, así como de Extremadura o de Andalucía. Se trata de una población muy joven en general (más del 30 por 100 son menores de 15 años), que refleja un alto índice de natalidad. Otra característica de estos núcleos suburbanos es la función dormitorio, a veces, casi exclusiva (como Alcorcón) o mixta (tienen también una función industrial importante).

Generalmente, son pueblos que forman parejas por hallarse muy próximos entre sí, y se unen formando una *conurbación*. Sus calles son, generalmente, estrechas y tortuosas (el plano se ha mantenido), o han sido trazadas de cualquier manera; aunque hay pueblos en los que el núcleo antiguo ha desaparecido con la nueva remodelación; y en las afueras, se suelen ver grandes aglomeraciones de bloques de cuatro pisos de ladrillo mixto, como queriendo respetar su aspecto semirural antiguo. En los últimos decenios han surgido otro tipo de bloques, destinados a clases sociales más adineradas, de diez a catorce pisos y que presentan una construcción más esmerada.

Hay algo común en este tipo de pueblos: su crecimiento no ha sido uniforme; da la impresión de haberse producido en sucesivas oleadas. Y es también común a todos el problema de la inserción en la red de transportes que los enlazan con Madrid. Han crecido en las vías radiales, siempre en torno a un núcleo ya existente (el único caso de construcción nueva es el proyecto de Trescantos, en la carretera de Colmenar); y al coincidir su acceso a la ciudad con las carreteras radiales,

se crean graves problemas de tráfico. Se ha tratado de crear nuevos enlaces, pero no se ha resuelto nada.

El problema más grave lo presenta el SO, porque no hay espacio, dada la enorme densidad de edificación. Y en cuanto a la comunicación lateral entre esos mismos núcleos, es mucho más difícil todavía.

El problema de transporte obliga a sus habitantes a la cada vez mayor utilización del coche particular, con los problemas de estacionamiento que ello conlleva. Se ha intentado hacer uso del ferrocarril, pero la estación y vías férreas se sitúan a uno o dos kilómetros del núcleo (y lo mismo ocurre con la estación de autobuses), lo cual obliga a utilizar un segundo medio de transporte, el automóvil, para acceder a la estación. Esto ha conducido a pensar en crear grandes parques de estacionamiento, muy baratos, en las estaciones de ferrocarril.

Un crecimiento desaforado lo presenta la pareja *Alcorcón-Móstoles*, que en 1950 tenía 3.000 habitantes y hoy roza ya los 300.000. En la conurbación formada por *Leganes-Getafe*, hay una industria importante, sobre todo, en Getafe, por el aeropuerto militar, que dificulta el crecimiento de la ciudad. Getafe tenía, en 1950, 12.000 habitantes y, en 1980, 125.000; con el 2,5 por 100 de sus activos entre las fuerzas armadas. El crecimiento de *Fuenlabrada-Parla* corresponde a lo que sería la segunda ola, después de 1960, y hoy sigue aumentando. Fuenlabrada llega ya a los 80.000 habitantes. *Pinto-Valdemoro* constituyen un caso peculiar de crecimiento en la tercera oleada. Hoy, los dos juntos no llegan a los 40.000 habitantes, con una importante población activa en la industria fabril. Hacia el Este, se ha dado un crecimiento longitudinal: cuatro núcleos en la carretera de Aragón en los que la industria tiene un papel muy importante, sobre todo, Alcalá de Henares. *Coslada-San Fernando* forman casi una conurbación, con casi más de 75.000 habitantes; Alcalá de Henares, que en 1950 contaba con 20.000 habitantes, rebasa hoy los 150.000. En el Norte tenemos una conurbación formada por las dos ciudades de *Alcobendas-San Sebastián de los Reyes*, en la carretera de Burgos, con 100.000 habitantes y un crecimiento notable. Allí se han hecho muchas urbanizaciones para la clase acomodada (La

Moraleja, El Soto, Encinar de los Reyes...), casi todas con nombres alusivos a la naturaleza. Son núcleos residenciales que contrastan con los pueblos de bloques aglomerados.

El crecimiento de Colmenar ha sido muy pequeño; tiene como propio la cantería; y la remodelación interior se ha iniciado muy lentamente. Está en una situación de tránsito, como Arganda o Navalcarnero, en una futura oleada de desarrollo.

HOY, CRECIMIENTO CASI NULO

El Noroeste y el Oeste poseen rasgos genuinos. El primero, siempre privilegiado, por situarse de cara a la Sierra, cerca del Pardo y de la Casa de Campo, se convirtió pronto en un espacio de ocio (Aravaca, Pozuelo), función que hoy han adquirido ya Las Rozas y Majadahonda, que, juntas, no llegan hoy a los 40.000 habitantes. Las buenas comunicaciones (ferrocarril y autopista) han posibilitado una construcción *sui generis*. Villalba, próxima a Madrid, cuenta con algo de industria y ha crecido mucho (hoy, 20.000 habitantes), a la vez que funciona al mismo tiempo como ciudad en sí y como ciudad-dormitorio. El Escorial mantiene su categoría de centro de veraneo y su crecimiento es modesto porque sigue quedando demasiado lejos de Madrid.

Finalmente, en el sector Oeste, entre las carreteras de Extremadura y de La Coruña, los pequeños núcleos rurales como Boadilla, Valdemorillo, Viñanueva de la Cañada...) están peor comunicados y tienen menos categoría social. No obstante, ven aumentar su desarrollo.

Cabría resumir y concluir que los núcleos de los alrededores de Madrid, que en 1950 sumaban unos 80.000 habitantes (un 5 por 100 con relación a Madrid), hoy rebasan ampliamente el millón (un 30 por 100 con relación a Madrid, que tiene 3.200.000). Mientras que Madrid posee en la actualidad un crecimiento pequeño, incluso casi nulo, esos pueblos que de 1970 a 1975 crecieron desaforadamente, y todo presuponía que el anillo periférico llegaría a ser tan importante como el centro urbano, se han estancado debido a la crisis económica.

TRABAJOS TERMINADOS

RECIENTEMENTE se han aprobado por los distintos Departamentos los siguientes trabajos finales realizados por becarios de la Fundación, cuyas memorias pueden consultarse en la Biblioteca de la misma.

QUIMICA

EN ESPAÑA:

Luis Méndez Ambrosio.

Factores de traslación en colisiones atómicas. Estudio de diferentes métodos.
Centro de trabajo: Facultad de Ciencias de la Universidad Autónoma de Madrid.

BIOLOGIA

EN EL EXTRANJERO:

Luis Carrasco Llamas.

Interacción del virus de la vacuna con células humanas. Efecto del interferon.

Centro de trabajo: Downstate Medical Center. State University of New York (Estados Unidos).

EN ESPAÑA:

Francisco Ignacio Pastor Blasco.

*Aislamiento de orgánulos celulares relacionados con la secreción de macromoléculas y con el defecto fisiológico del mutante *Saccharomyces Cerevisiae*-136_r.*

Centro de trabajo: Facultad de Farmacia de la Universidad de Valencia.

Antonio Prevosti Pelegrín (en equipo)

Estudio genético de polimorfismos moleculares en especies animales.

Centros de trabajo: Facultad de Biología de la Universidad de Zaragoza y Facultades de Veterinaria de las Universidades de Zaragoza y Córdoba.

CREACION ARTISTICA

EN ESPAÑA:

Luis Martínez Muro.

Nueva abstracción (pintura).

Lugar de trabajo: Cuenca.

Marta Cárdenas Díaz de Espada.

Serie de trabajos plásticos (pintura).

Lugar de trabajo: Madrid.

ARTES PLASTICAS

EN ESPAÑA:

Rosa López Torrijos.

La mitología en la pintura española de los siglos XVI y XVII.

Centro de trabajo: Instituto «Diego Velázquez» del C.S.I.C., de Madrid, y otros centros de diversas ciudades.

GEOLOGIA

EN EL EXTRANJERO:

Alfredo San Miguel Arribas.

Petrología y petrogénesis de las rocas anortosíticas de la corteza lunar.

Centro de trabajo: Instituto de Meteoritos de la Universidad de Nuevo México.

ESTUDIOS E INVESTIGACIONES EN CURSO

ULTIMAMENTE se han dictaminado por los asesores de los distintos Departamentos 19 informes sobre los trabajos que actualmente llevan a cabo los becarios de la Fundación. De ellos, 16 corresponden a becas en España y 3 a becas en el extranjero.

JUEVES, 1**11,30 horas**

RECITALES PARA JOVENES.

Recital para orquesta de cámara.Intérpretes: **Orquesta de Cámara «Santa Cecilia».**Directora: **Mercedes Padilla.**Comentarios: **Jacinto Torres.**Programa: Obras de Vivaldi, Tele-
mann y Mozart.(Sólo pueden asistir grupos de
alumnos de colegios e institutos,
previa solicitud).**19,30 horas**

CURSOS UNIVERSITARIOS.

**«Violencia y criminalidad en la
sociedad contemporánea» (y II).****Manuel López-Rey:****«La criminalidad de nuestro tiempo».****VIERNES, 2****11,30 horas**

RECITALES PARA JOVENES.

Recital de piano.Intérprete: **Josep Colom.**Comentarios: **A. Fernández-Cid.**Programa: Obras de Blasco de
Nebra, Mendelssohn, Chopin y
Liszt.(Sólo pueden asistir grupos de
alumnos de colegios e institutos,
previa solicitud.)**MIÉRCOLES, 14****19,30 horas****INAUGURACION DE LA EX-
POSICION ROBERT Y SONIA
DELAUNAY.****Conferencia a cargo de Julián Gá-
llego: «Los Delaunay, una moral
del vanguardismo».****LUNES, 19****12,00 horas**

CONCIERTOS DE MEDIODIA.

Recital de piano.Intérprete: **J. González Alonso.**Programa: Obras de Mozart, Al-
béniz, Gershwin y Rachmaninov.**MARTES, 20****11,30 horas**

RECITALES PARA JOVENES

Recital de violín y piano.Intérpretes: **Pedro León** (violín) y
Julián López Gimeno (piano).Comentarios: **A. Ruiz Tarazona.**
Programa: Obras de Mozart, Sa-
rasate, Franck, Bartók y Falla.(Sólo pueden asistir grupos de
alumnos de colegios e institutos,
previa solicitud.)**19,30 horas**

CURSOS UNIVERSITARIOS

LA EXPOSICION MONDRIAN EN BARCELONA

El día 2 de abril se inaugurará la exposición de Piet Mondrian en el Palau de la Virreina, de Barcelona. Esta exposición ha sido organizada conjuntamente con el Ayuntamiento y la Caja de Ahorros de Barcelona. La clausura será el 20 de mayo.

La muestra incluye un total de 70 obras del artista holandés, realizadas de 1897 a 1944, año de su muerte: 49 óleos, 15 dibujos y 6 acuarelas, que proceden de diversos museos y galerías de Nueva York, Holanda y Alemania, así como de coleccionistas privados.

«La generación del 27: exiliados sin retorno» (I).

Concha Zardoya:

«León Felipe».

MIERCOLES, 21 ════════════

19,30 horas

CICLO COMPLETO DE SONATAS PARA TECLADO DE MOZART (I).

Intérprete: **Pablo Cano** (clave).

Programa: *Sonatas en Do mayor Kv 279, en Fa mayor Kv 280, en Si Bemol mayor Kv 281 y en Mi bemol mayor Kv 282.*

JUEVES, 22 ════════════

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES.

«ARTE ESPAÑOL CONTEMPORANEO», EN VALENCIA

El día 17 de abril será clausurada, en Valencia, la Exposición de Arte Español Contemporáneo (Colección de la Fundación Juan March), que ha sido realizada en colaboración con el Ayuntamiento de esa ciudad.

EXPOSICION GOYA EN LA RIOJA

Del 30 de marzo al 18 de abril se ofrece en el Salón Oeste de la Antigua Tabacalera, en Logroño, la Exposición de 222 grabados de Goya.

Del 23 de abril al 2 de mayo la muestra estará expuesta en el Palacio de las Bezaras de Haro. En ambas localidades colaboran el Colegio Oficial de Aparejadores de la Rioja, Caja de Ahorros de la Rioja y los respectivos Ayuntamientos.

Recital para orquesta de cámara.

Intérpretes: **Orquesta de Cámara «Santa Cecilia».**

Directora: **Mercedes Padilla.**

Comentarios: **Jacinto Torres.**

(Programa y condiciones de asistencia idénticos a los del día 1).

19,30 horas

CURSOS UNIVERSITARIOS.

«La generación del 27: exiliados sin retorno» (II).

Concha Zardoya:

«Pedro Salinas».

VIERNES, 23 ════════════

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES.

Recital de piano.

Intérprete: **Ricardo Requejo.**

Comentarios: **A. Fernández-Cid.**

Programa: Obras de Chopin, Mendelssohn y Liszt.

(Sólo pueden asistir grupos de alumnos de colegios e institutos, previa solicitud.)

LUNES, 26 ════════════

12,00 horas

CONCIERTOS DE MEDIODIA.

Recital de órgano.

Intérprete: **Maite Iriarte.**

Programa: Obras de Pachelbel, Bach, Del Barco y Guridi.

calendario

MARTES, 27

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES.

Recital de violín y piano.

Intérpretes: **Pedro León** (violín) y **Julián López Gimeno** (piano).

Comentarios: **A. Ruiz Tarazona**.
(Programa y condiciones de asistencia idénticos a los del día 20).

19,30 horas

CURSOS UNIVERSITARIOS.

«La generación del 27: exiliados sin retorno» (III).

Concha Zardoya:

«Emilio Prados».

MIÉRCOLES, 28

19,30 horas

CICLO COMPLETO DE SONATAS PARA TECLADO DE MOZART (II).

RECITALES PARA JOVENES EN BADAJOZ

Los días 14, 21 y 28 de abril se celebrarán en Badajoz Recitales para Jóvenes, en colaboración con el Conservatorio Profesional de Música. Tendrán lugar a las 11,30 en el Salón de Actos de la Caja de Ahorros.

Esteban Sánchez (piano) interpretará obras de Soler, Mozart, Beethoven, Chopin, Granados y Albéniz. Hará los comentarios **Emilio González Barroso**.

Intérprete: **Eulalia Solé** (piano).

Programa: *Sonatas en Sol mayor Kv 283, en Re mayor Kv 284 (Sonata Dürnitz), en Do mayor Kv 309 y en Si bemol mayor Kv 400.*

JUEVES, 29

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES.

Recital para orquesta de cámara.

Intérpretes: **Orquesta de Cámara «Santa Cecilia»**.

Directora: **Mercedes Padilla**.

Comentarios: **Jacinto Torres**.

(Programa y condiciones de asistencia idénticos a los del día 1).

11,30 horas

CURSOS UNIVERSITARIOS.

«La generación del 27: exiliados sin retorno» (y IV).

Concha Zardoya:

«Luis Cernuda».

VIERNES, 30

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES.

Recital de piano.

Intérprete: **Josep Colom**.

Comentarios: **A. Fernández-Cid**.

(Programa y condiciones de asistencia idénticos a los del día 2).

El presente Calendario está sujeto a posibles variaciones. Salvo las excepciones expresas, la entrada a los actos es libre.

**Información: FUNDACION JUAN MARCH, Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40 - Madrid-6**